

**Audiolibro Una P Gina De Amor Mile**  
**Zola Segunda Parte**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Becky Ryder (*Hampstead*)** - - - - SEGUNDA PARTE. Capítulo Primero. Una mañana, Elena se entretenía ordenando su pequeña biblioteca, cuyos libros revolvía desde hacía algunos días, cuando entró Juana saltando y palmoteando. — ¡Mamá! —gritó—. ¡Un soldado, un soldado! — ¿Cómo? ¿Un soldado? —dijo Elena—. ¿Qué quieres decir con eso de un soldado? Pero la niña tenía uno de sus accesos de loca alegría y saltaba más y más repitiendo: — ¡Un soldado! ¡Un soldado! No daba más explicaciones. Entonces, como había dejado la puerta de la habitación abierta, Elena se levantó y quedó muy sorprendida al ver, en efecto, a un soldado, un soldadito, en el recibidor. Rosalía había salido; Juana debió de estar jugando en el rellano, pese a la formal prohibición de su madre. El soldadito, muy turbado ante la aparición de esta señora tan bella y tan blanca, con su peinador adornado de encajes, restregando el suelo con uno de los pies, dijo balbuceando precipitadamente: — Perdón... dispense... Y, no encontrando otra cosa que decir, iba retrocediendo hasta la pared sin dejar de arrastrar los pies. No pudiendo ir más lejos y viendo que la señora esperaba con una involuntaria sonrisa, registró precipitadamente su bolsillo derecho, del que sacó un pañuelo azul, una navaja y un pedazo de pan. Miró cada uno de los objetos y los guardó de nuevo. Luego pasó al bolsillo izquierdo; allí había un pedazo de cuerda, dos clavos mohosos, unas estampas envueltas en un trozo de periódico. Lo volvió a guardar todo y se golpeó los muslos con aires de ansiedad. Y balbuceó aturdido: —Perdón... dispense... Pero de pronto se apretó con un dedo la punta de la nariz y soltó una carcajada. ¡Qué imbécil!, ahora se acordaba. Desabrochó dos botones de su capote y buscó en su pecho, en el que hundió el brazo hasta el codo. Por fin sacó una carta que sacudió fuertemente, como para quitarle el polvo, antes de entregársela a Elena. —Una carta para mí? —dijo ésta—. ¿Está usted seguro? El sobre traía, en efecto, su nombre y dirección, escritos con una gruesa letra campesina, con palos y ganchos que se derrumban como un castillo de naipes. En cuanto logró comprender el escrito, detenida a cada paso por los giros y la ortografía, volvió a sonreír. Se trataba de una carta de la tía de Rosalía, que le mandaba a Ceferino Lacour, salido quinto en el sorteo «pese a las dos misas dichas por el señor cura». Teniendo en cuenta que Ceferino estaba prendado de Rosalía, rogaba a la señora permitiera a los muchachos que se vieran el domingo. Había tres páginas en las que esta petición se repetía en términos parecidos y cada vez más embrollados, con un esfuerzo constante para decir algo que no llegaba a decirse. Luego, antes de firmar, parecía que lo había encontrado de pronto y había escrito: «El señor cura da su permiso», aplastando allí la pluma en medio de una constelación de borrones. Elena dobló la carta lentamente. Mientras la descifraba, había levantado dos o tres veces la cabeza para echar una ojeada al militar. Seguía pegado a la pared y sus labios se movían como queriendo apoyar cada frase con un ligero movimiento de la barbilla; sin duda se sabía la carta de memoria. —Entonces, ¿es usted Ceferino Lacour? —dijo Elena. El se echó a reír, agitando la cabeza. —Entre usted, amigo. No se quede ahí fuera. El soldado se decidió a obedecerla, pero se mantuvo de pie junto a la puerta, mientras Elena se sentaba. Le había visto mal en la sombra de la antesala. Debía ser de la misma talla que Rosalía; tal vez un centímetro menos le hubiese librado del servicio. Con sus cabellos rojos, cortados al rape y sin un pelo en la barba, mostraba su cara redonda, cubierta de pecas, agujereada por dos ojos menudos, como abiertos con berbiquí. Su capote nuevo, demasiado grande, le redondeaba más. Con las piernas separadas, enfundadas en su pantalón rojo, balanceando ante sí su quepis de larga visera, resultaba divertido y enternecedor con su gordura de hombrecito bobalicón, que olía a la arada por debajo del uniforme. Elena quiso interrogarle y obtener algunos informes. — ¿Hace ocho días que salió usted de la Beauce ? —Sí, señora. —Y ya está usted en París. ¿No le fastidia? —No, señora. Iba cogiendo valor y examinaba la habitación, muy impresionado por los cortinones de terciopelo azul. —Rosalía no está —repuso Elena—, pero no puede tardar. Su tía me informa de que es usted su prometido. El soldadito no contestaba; bajó la cabeza riéndose con gesto cohibido y volvió de nuevo a restregar la

alfombra con la punta del pie. —Entonces, ¿va a casarse usted con ella cuando acabe el servicio? — prosiguió la joven. —Seguro —dijo poniéndose muy colorado—, seguro. Es cosa prometida. Y, conquistado por el aire benévolo de la señora, dándole vueltas al quepis entre sus dedos, se decidió a hablar. — ¡Oh, no hace poco de esto!... Cuando éramos unos chiquillos, íbamos juntos de pecorea. Buenos varazos nos ganábamos; eso sí que es verdad... He de decirle que los Lacour y los Pichon somos de la misma vereda, unos al lado de los otros... Entonces, claro... Rosalía y yo fuimos criados, casi, con la misma gamella. Luego murieron todos los suyos. La tía Margarita le daba de comer. Pero ella, la muy pícara, ya se las apañaba... Se detuvo, comprendiendo que iba entusiasmándose, y preguntó con voz vacilante: —Quizá ella ya se lo contó todo, ¿no? —Sí, pero siga, siga —contestó Elena, que le escuchaba divertida. —En fin — prosiguió él —, que estaba fuertota, y eso que no abulta más que un comino; pero ¡se quitaba el trabajo de encima que había que verla! Un día arreó un sopapo a quien yo me sé... ¡Pero qué sopapo! Me salió un moretón en el brazo que me duró ocho días... Sí, así empezó la cosa. En el campo todo el mundo nos casaba, y no habíamos cumplido los diez años que ya nos habíamos dado mano y palabra... Y esto ata mucho, señora, ata mucho. Y se llevaba la mano al corazón, separando mucho los dedos. Sin embargo, Elena se había puesto seria de nuevo. La idea de introducir a un militar en la cocina la inquietaba. El señor cura podía permitirlo, pero a ella le parecía un tanto arriesgado. En el campo se es muy liberal y los novios no pierden el tiempo. Elena dejó entrever sus escrúpulos, y cuando Ceferino se dio cuenta, pensó que iba a reventar de risa; pero se aguantó por respeto. — ¡Oh señora, señora! Bien se ve que no la conoce usted. ¡Buenos cachetes me ha costado!... ¡Dios mío! A los mozos nos gusta gastar una broma, usted ya me comprende. A veces, la pellizcaba. Ella se volvía y... ¡plaf!, en pleno morro... Era cosa de su tía, que no paraba de decirle: «Créeme, hija mía, no te dejes hacer cosquillas, que eso no trae suerte.» El cura se metía de por medio, y puede que por esto nuestra amistad ha durado siempre... Teníamos que casarnos después del sorteo. Luego las cosas se pusieron mal y... ¡que te zurzan! La Rosalía dijo que vendría a servir a París para juntar una dote mientras esperaba... Y eso es todo. Se contoneaba, pasándose el quepis de una a otra mano. Pero, como Elena callaba, creyó entender que dudaba de que él le tuviera ley. Esto le hirió profundamente y exclamó con ardor: — ¿Se figura usted que voy a engañarla?... ¿No le dije que eso está jurado? Me casaré con ella, tan cierto como que ahora es de día... y estoy dispuesto a firmarlo... Sí; si usted quiere, voy a firmarle un papel ahora mismo. Una gran emoción le envalentonaba. Caminaba por la habitación como buscando con los ojos la tinta y la pluma que no encontraba. Elena procuraba calmarle, pero él no cesaba de repetir: —Me gustaría firmarle un papel... ¿Qué le importa a usted? Entonces se quedaría usted más tranquila. Pero, precisamente en este instante, Juana, que había desaparecido de nuevo, entró saltando y batiendo palmas. — ¡Rosalía! ¡Rosalía! ¡Rosalía! —iba cantando, con una tonadilla bulliciosa que acababa de inventar. Por las puertas abiertas llegaba, en efecto, la respiración de la criada que subía cargada con su cesta. Ceferino se escondió en un rincón de la pieza; una risa silenciosa hendía su boca de una oreja a otra y sus ojos de taladro brillaban con malicia campesina. Rosalía entró directamente en la habitación, como tenía por costumbre, para mostrar las provisiones de la mañana a su ama. — Señora —dijo—, he comprado coliflores... Véalas... Dos por dieciocho perras; no es caro... Tendía su cesta entreabierta cuando, al levantar la cabeza, vio a Ceferino, que sonreía burlón. El estupor la clavó en la alfombra. Pasaron dos o tres segundos; seguro que, con el uniforme, no le había reconocido de pronto. Sus redondos ojos se agrandaron, su carita regordeta se puso pálida, mientras sus negros y duros cabellos se agitaban. — ¡Oh! —dijo simplemente. Y, con la sorpresa, soltó la cesta. Las provisiones rodaron por la alfombra; coliflores, cebollas y manzanas. Juana, encantada, se echó al suelo en medio de la habitación, corriendo tras las manzanas, por debajo de las butacas y el armario de luna. Mientras, Rosalía, que seguía parada, repetía sin moverse: —Pero ¡cómo!... ¿Eres tú?... ¿Y qué haces aquí?, ¿qué haces? Se volvió hacia Elena y preguntó: — ¿Es usted, señora, quién le dejó entrar? Ceferino no soltaba prenda, contentándose con guiñar los ojos maliciosamente. Entonces, unas lágrimas enternecidas subieron a los ojos de Rosalía, y para dar fe de su alegría al verle de nuevo, no se le ocurrió nada mejor que burlarse de él. — ¡Vamos! —repuso—. ¡Pues sí que está guapo! ¡Hecho una facha! Hubiese podido pasar a tu lado y ni siquiera te hubiese dicho «¡Que Dios te ampare!» ¡Cómo te han puesto! Parece que lleves tu garita a la espalda. Y mira cómo me lo han pelado, que parece el perro de aguas del sacristán... ¡Dios mío, qué feo eres, pero qué feo! Ceferino, picado, se decidió a abrir la boca. —No tengo yo la culpa, puedes estar segura... Ya me gustaría verte, si te mandaran a la mili... Habían olvidado por completo dónde se encontraban, la habitación, Elena y Juana, que seguía recogiendo las manzanas. La criada se había plantado ante el soldadito con las manos cruzadas sobre el delantal. — Entonces, ¿todo marcha bien por allí? —preguntó. — ¡Claro que sí! Sólo que la vaca de los Guignard está enferma. Vino el veterinario y les dijo que estaba llena de agua. —Si está llena de agua, está lista... Y, aparte de esto, ¿todo marcha bien? —Sí, sí... El guarda jurado se ha roto un brazo... El tío Canivet se ha muerto... El señor cura perdió la bolsa, en la que traía treinta sueldos, volviendo de Grandval... Por lo demás, todo va bien. Se callaron. Se estaban

mirando con ojos brillantes y apretaban los labios, que se movían lentamente con una mueca de ternura. Debía de ser su manera de besarse, pues ni siquiera se habían dado la mano. Pero Rosalía salió pronto de su éxtasis y se desesperó viendo sus legumbres por el suelo. ¡Bonito espectáculo! ¡Vaya cosas que le hacía hacer! La señora debió hacerle esperar en la escalera. Mientras gruñía, se agachaba, metiendo dentro del cesto las manzanas, las cebollas y las coliflores, con gran enfado de Juana, que no quería que la ayudasen. Y, como se iba a la cocina sin volverse a mirar a Ceferino, Elena, vencida por la discreta sencillez de los enamorados, la retuvo para decirle: —Escuche, hija mía; su tía me ha pedido que permita a este mozo que venga a verla los domingos... Que venga por la tarde, y usted procure que el servicio no se resienta demasiado. Rosalía se detuvo y volvió simplemente la cabeza. Estaba muy contenta, pero mantenía su aire gruñón. — ¡Oh, señora! Seguro que va a estorbarme — exclamó. Y por encima del hombro echó una mirada a Ceferino y le hizo de nuevo su mueca de ternura. El soldadito permaneció un momento inmóvil, la boca hendida por una muda sonrisa. Luego se retiró andando de espaldas y llevando el quepis sobre el corazón. Ya estaba cerrada la puerta y él seguía saludando en el rellano. —Mamá, ¿es el hermano de Rosalía? — preguntó Juana. Elena se sintió perpleja ante esta pregunta. Lamentaba la autorización que acababa de conceder por un impulso súbito de bondad, de la que ella misma se sorprendía. Pensó unos segundos y contestó: —No, es su primo. — ¡Ah! — dijo la niña muy seria. La cocina de Rosalía daba sobre el jardín del doctor Deberle, a pleno sol. Durante el verano, por la ventana, muy amplia, entraban las ramas de los olmos. Era la habitación más alegre del departamento, toda blanca de luz, tan iluminada incluso, que Rosalía había tenido que poner una cortina de percal azul, que echaba por la tarde. Lamentaba sólo la pequeñez de esta cocina, que se alargaba en forma de pasadizo; el fogón a la derecha y una mesa y un aparador a la izquierda. Pero había sabido colocar tan acertadamente muebles y utensilios que se había agenciado un rincón, junto a la ventana, donde podía trabajar por las tardes. Su orgullo consistía en mantener cacerolas, ollas y platos de una pulcritud maravillosa. De modo que, cuando entraba el sol, un resplandor irradiaba de las paredes: los utensilios de cobre lanzaban destellos de oro, el hierro fundido redondeces resplandecientes como lunas de plata, en tanto que los azulejos, azules y blancos del fogón, ponían su nota pálida en aquel incendio. El sábado siguiente, por la noche, oyó Elena tal revuelo, que decidió ir a ver qué pasaba. — ¿Qué ocurre? — preguntó—. ¿Se pelea usted con los muebles? — Estoy lavando, señora — contestó Rosalía, despeinada y sudorosa, agachada por el suelo, frotando los baldosines con toda la fuerza de sus cortos brazos. Estaba terminando e iba secando. Jamás había dejado la cocina tan bonita. Una novia hubiese podido dormir en ella: todo estaba blanco como para una boda. La mesa y el aparador parecían lijados de nuevo a fuerza de puños. Era de admirar el buen orden; las cacerolas y los pucheros por orden de tamaños, cada cosa en su clavo, incluso la sartén y la parrilla que relucían sin rastro de humo. Elena se quedó un momento mirando en silencio y luego se retiró con una sonrisa. Desde entonces, cada sábado hacía una limpieza parecida, pasando cuatro horas entre el polvo y el agua. Rosalía quería mostrar a Ceferino, el domingo, cómo era de limpia. Este día recibía. Una tela de araña la hubiese avergonzado. Cuando todo resplandecía a su alrededor, esto la ponía cariñosa y la hacía cantar. A las tres se lavaba las manos de nuevo y se ponía una cofia con cintas. Luego, echando a medias la cortina de percal, con lo que obtenía una claridad de gabinete de señora, esperaba a Ceferino, todo puesto en orden, mientras en el aire flotaba un perfume de tomillo y laurel. A las tres y media exactamente, llegaba Ceferino. Se paseaba por la calle mientras no sonaba la media en los relojes del barrio. Rosalía escuchaba las pisadas de sus gruesos zapatones por la escalera y le abría cuando se detenía en el descansillo. Le tenía prohibido que tocara el cordón de la campanilla. Cada vez cambiaban las mismas palabras: — ¿Eres tú? — Sí, soy yo. Y se quedaban frente a frente, con sus ojos chispeantes y sus labios fruncidos. Luego Ceferino seguía a Rosalía; pero ella no le permitía entrar hasta que le había descargado de su chacó y su sable. No quería esto en su cocina, y chacó y sable pasaban al fondo de una alacena. Entonces ella sentaba a su enamorado junto a la ventana, en el rincón que se había agenciado, y ya no le permitía que se moviera. —Estáte quieto... Me mirarás hacer la cena de la señora, si quieres. Pero casi nunca llegaba con las manos vacías. Solía ocupar la mañana recorriendo con sus camaradas el bosque de Meudon, arrastrando los pies en sus correrías sin objeto, ocioso y aspirando el aire a pleno pulmón, con la vaga añoranza de su terruño. Para ocupar los dedos, cortaba varitas, que tallaba y adornaba con toda clase de arabescos mientras iba caminando. Su paso se hacía cada vez más lento, se detenía junto a las cunetas, con el chacó en la nuca, sin quitar los ojos de su navaja que iba cortando la madera. Luego, como no acababa de decidirse a tirar sus varitas, las traía por la tarde a Rosalía, que se las quitaba de las manos chillando un poco, porque esto ensuciaba la cocina. La verdad es que iba coleccionándolas y guardaba debajo de la cama un paquete en el que las había de todas las dimensiones y todos los dibujos. Un día apareció con un nido lleno de huevos que había colocado al fondo de su chacó, debajo del pañuelo. Decía que las tortillas con huevos de pájaro estaban muy ricas. Rosalía tiró este horror, pero conservó el nido que fue a reunirse con las varitas. Además, llevaba siempre los bolsillos llenos hasta reventar. Sacaba cosas curiosas: guijarros transparentes cogidos en

las orillas del Sena, viejas herraduras, bayas silvestres que se secaban, desechos irreconocibles que los traperos no habían querido. Las estampas, sobre todo, eran su pasión. A lo largo de sus caminatas, recogía los papeles que habían envuelto chocolates o jabón, sobre los cuales se veían negros y palmeras, danzarinas egipcias y ramilletes de rosas. Las tapas de las viejas cajas rotas, con sus señoras rubias y soñadoras, los grabados barnizados y el papel de plata de los pirulís tirados en las ferias de los alrededores, eran sus grandes hallazgos que le llenaban el corazón. Todo este botín desaparecía en sus bolsillos, envueltos en un pedazo de periódico los trozos más hermosos. Y el domingo, cuando Rosalía tenía un momento que perder, entre una salsa y un asado, le mostraba sus estampas. Si las quería, para ella eran; únicamente que, como el papel de alrededor no siempre estaba limpio, él recortaba las imágenes, cosa que le divertía en grande. Rosalía se enfadaba con las briznas de papel que volaban hasta los platos; y era cosa de ver con qué astucia de campesino experimentado acababa por apoderarse de las tijeras. A veces, para librarse de él, ella se las daba inesperadamente. Entre tanto, un dado de manteca chirriaba en una sartén. Rosalía vigilaba la salsa con una cuchara de palo en la mano, mientras Ceferino, con la cabeza inclinada y los hombros ensanchados por sus charreteras rojas, recortaba unas estampas. Le habían cortado el pelo tan al rape que se le veía la piel del cráneo y por su cuello amarillo, que boqueaba por detrás, se le veía la piel tostada del pescuezo. Durante cuartos de hora enteros, ambos no decían nada. Cuando Ceferino levantaba la cabeza, miraba cómo Rosalía tomaba un poco de harina, picaba perejil, echaba sal y pimienta con aire profundamente interesado. Entonces, de vez en cuando, dejaba escapar una palabra: — ¡Diantre! ¡Qué bien huele! La cocinera, en plena tarea, no se dignaba contestar en seguida. Después de un largo silencio, decía a su vez — Tiene que cocer a fuego lento, ¿sabes? Sus conversaciones no iban mucho más lejos. Ni siquiera hablaban de su tierra. Cuando se les ocurría algún recuerdo, se comprendían con media palabra y se reían por dentro toda la tarde: esto les bastaba. Cuando Rosalía despedía a Ceferino, a los dos les parecía que se habían divertido de lo lindo. — Anda, vete, que voy a servir a la señora. Le devolvía su chacó y su sable, le empujaba delante de ella y luego servía a la señora con una alegría que hacía resplandecer sus mejillas, mientras él, zarandeando los brazos, volvía al cuartel cosquilleándole por dentro el buen olor a tomillo y laurel que se llevaba consigo. Al principio, Elena pensó que debía vigilarlos. Llegaba a veces de improviso para dar una orden. Siempre encontraba a Ceferino en su rincón, entre la mesa y la ventana, junto a la pila de gres que le obligaba replegar las piernas. En cuanto aparecía la señora, se levantaba como poniéndose firme y permanecía de pie. Si la señora le dirigía la palabra, apenas contestaba más que con cumplidos y gruñidos respetuosos. Poco a poco Elena se tranquilizó viendo que jamás les estorbaba y que mostraban en su cara su calma de enamorados pacientes. Incluso Rosalía parecía más avispada que Ceferino. Llevaba ya algunos meses en París y se iba espabilando, pese a que sólo conocía tres calles: la calle de Passy, la de Franklin y la de Vineuse. Él, en el regimiento, seguía siendo un pazguato. Rosalía juraba a su señora que se estaba «embruteciendo», pues en el campo Ceferino, indudablemente, era más listo. Era a causa del uniforme, decía Rosalía: todos los mozos a los que tocaba ser soldados se ponían más tontos que una berza. En efecto: Ceferino, aturdido por su nueva forma de vida, andaba con los ojos abiertos de par en par y se contoneaba igual que un pato, sus charreteras conservaba la tosquedad campesina; el cuartel no había enseñado todavía ni el lenguaje florido ni las maneras envalentonadas del recluta parisiense. ¡Oh! la señora podía estar tranquila; no sería precisamente él quién pensara en aprovecharse. Tanto era así, que Rosalía se sentía maternal. Le sermoneaba mientras preparaba el asado, le daba buenos consejos sobre los tropiezos que debía evitar. Él obedecía, subrayando cada consejo con un gesto vigoroso de la cabeza. Todos los domingos tenía que jurarle que había ido a misa y que rezaba sus oraciones por la mañana y por la noche. Le exhortaba a que fuese limpio y le cepillaba al marcharse, le cosía un botón de la guerrera y le pasaba revista de pies a cabeza sin permitir que nada fallara. Se preocupaba de su salud y le daba recetas para toda clase de enfermedades. Ceferino, para agradecer sus cuidados, se ofrecía para llenarle la pila, cosa a la que se negó largo tiempo Rosalía por temor a que le mojara el suelo. Pero un día subió los dos cubos sin dejar caer ni una gota en la escalera, y desde entonces fue él quien todos los domingos llenaba la pila. Prestábale otros servicios y realizaba todas las faenas pesadas; sabía ir a la frutería a buscar la mantequilla cuando a ella se le había olvidado. Acabó ayudándola en la cocina. Empezó mondando las legumbres, y luego ella le dejó que picara la carne. Al cabo de seis semanas, no es que preparara las salsas, pero las vigilaba con la cuchara de palo en la mano. Rosalía le había convertido en su ayudante, y a veces soltaba una carcajada viéndole, con sus pantalones rojos y su cuello amarillo, moverse ante el fogón con una rodilla al brazo como un verdadero pinche de cocina. Un domingo Elena fue a la cocina. Sus zapatillas apagaban el ruido de sus pasos y se quedó en el umbral sin que la criada ni el soldado la hubiesen oído. Ceferino, en un rincón, estaba ante la mesa con un tazón de caldo humeante en frente. Rosalía, que se encontraba de espaldas a la puerta, le iba cortando finas rebanadas de pan. — Anda, come, hijo mío — le decía —. Caminas demasiado, y eso te debilita... Toma, ¿te basta con esto o quieres más? Y le animaba con su mirada tierna e inquieta. Él, gordinflón, a sus

anchas con el tazón en la mano, se zampaba una rebanada en cada buche. Su cara, amarilla por tantas pecas, se coloreaba con el vapor que le bañaba... Murmuró: — ¡Diantre! ¡Menudo caldo! ¿Qué le echas para que esté tan rico? — Espera — dijo ella —; si te gustan los puerros... Pero al volverse vio a la señora y lanzó un ligero chillido. Ambos quedaron petrificados. Luego Rosalía se excusó con un torrente súbito de palabras. — De verdad, señora, que se lo doy de mi parte... Después, yo no hubiese tomado el caldo... ¡Se lo juro por lo más sagrado! Le he dicho: «Si te apetece mi parte del caldo, te lo voy a dar...» Anda, habla de una vez; bien sabes que es así como ha ocurrido... Temerosa ante el silencio de la señora, creyó que se habría enfadado y prosiguió con una voz que parecía iba a quebrarse: — Se moría de hambre, señora; me había robado una zanahoria cruda... ¡Los alimentan tan mal! Además, piense la señora que ha ido hasta el quinto infierno por la orilla del río, qué sé yo hasta dónde... Usted misma, señora, me habría dicho: Rosalía, dale una taza de caldo... Entonces Elena, ante el soldadito que seguía con la boca llena sin atreverse a tragar, no pudo conservar la seriedad y contestó amablemente: — Bueno, hija mía: cuando este mozo tenga hambre, habrá que invitarle a cenar; esto es todo... Tienen permiso. Ante ellos acababa de experimentar aquella misma ternura que ya una vez le hizo olvidar su rigorismo. ¡Eran tan felices en esta cocina! La cortina de percal, echada a medias, dejaba entrar el sol poniente. Los cobres incendiaban la pared del fondo, iluminando con un reflejo rosado la penumbra de la estancia y en esta sombra dorada se veían sus caritas, tranquilas y claras como lunas. Sus amores tenían una firmeza tan tranquila, que no llegaban a alterar el buen orden de los cacharros. Se complacían con los buenos olores del fogón, satisfecho el apetito y el corazón ahito. — Oyé, mamá — preguntó Juana aquella noche después de madura reflexión —: el primo de Rosalía nunca la besa; ¿por qué? — ¿Y por qué quieres que se besen? — contestó Elena —. Ya se besarán el día de su santo. SEGUNDA PARTE. Capítulo Segundo. Aquel martes al terminar la sopa, Elena aguzó el oído diciendo: — ¿Oyen ustedes qué diluvio? Esta noche, mis pobres amigos, van a quedar ustedes empapados. — Son sólo unas gotas — dijo el sacerdote, cuya vieja sotana estaba ya mojada por los hombros. — Me espera una buena caminata — dijo el señor Rambaud —; pero, de todos modos, volveré andando; me gusta eso... Además, traje mi paraguas. Juana reflexionaba, mirando muy seria su última cucharada de fideos. Luego habló lentamente: — Rosalía decía que no vendrían ustedes a causa del mal tiempo... Mamá dijo que sí vendrían... Son ustedes muy amables viniendo siempre. Todos sonreían alrededor de la mesa; Elena inclinó la cabeza afectuosamente, dirigiéndose a los dos hermanos. Fuera, el aguacero seguía con su rumor sordo y el brusco vendaval hacía crujir las persianas. Parecía como si volviera el invierno. Rosalía había corrido cuidadosamente las cortinas de reps rojo; el comedorcito, bien cerrado, iluminado por la tranquila claridad de la lámpara que colgaba, completamente blanca, adquiriría, en medio de las sacudidas del huracán, una dulzura de tierna intimidad. Sobre el aparador de caoba, unas porcelanas reflejaban la luz tranquila. En esta paz, los cuatro comensales hablaban sin prisas, aguardando que a la criada le diera la gana servirles, mientras contemplaban la hermosa pulcritud de los servicios. — ¡Ah!, tanto peor si los hice esperar — dijo familiarmente Rosalía entrando con una fuente —. Son filetes de lenguado al horno para el señor Rambaud, y esto hay que prepararlo en el último momento. El señor Rambaud aparentaba ser un tanto glotón, para divertir a Juana y darle gusto a Rosalía, que estaba muy orgullosa de su talento de cocinera. Se volvió hacia ella preguntando: — Vamos a ver: ¿qué ha puesto usted hoy? Porque siempre me trae las sorpresas cuando se me acabó el apetito. — ¡Oh! — contestó la muchacha —, tres platos como siempre... Después de los filetes de lenguado, tendrán ustedes pierna de cordero con coles de Bruselas... Y esto será todo, de verdad. Pero el señor Rambaud miraba a Juana con el rabillo del ojo. La niña se divertía mucho, ahogando su risa con las manos juntas y moviendo la cabeza para indicar que la criada los engañaba. Entonces chasqueó la lengua con un mohín de duda, y Rosalía fingió enfadarse. — No me creen ustedes porque la señorita se está riendo... Está bien, fiense de esto y guárdense el apetito, y ya verán cómo tendrán que sentarse de nuevo a la mesa cuando lleguen a sus casas. Cuando la criada se hubo marchado, a Juana, que reía más fuerte, le entraron unas ganas terribles de hablar. — Eres demasiado glotón — comenzó —. He estado en la cocina y... Se interrumpió. — Pero no hay que decirlo, ¿verdad, mamá?... No hay nada, nada más. Me reía para engañarte. Esta escena se repetía todos los martes y siempre tenía el mismo éxito. A Elena le encantaba el buen humor con que el señor Rambaud se prestaba a este juego, pues no ignoraba que durante mucho tiempo había vivido, con frugalidad provenzal, con una anchoa y media docena de aceitunas para todo el día. En cuanto al abate Jouve, jamás sabía lo que estaba comiendo; incluso le gastaban bromas sobre su ignorancia y sus distracciones. Juana le miraba con sus ojos brillantes y, cuando se hubo servido: — Está muy buena la pescadilla — dijo al sacerdote. — Muy buena, querida — murmuró éste —. ¡Anda, es verdad que es pescadilla! Creía que era rodaballo. Y, como viera que todo el mundo se reía, preguntó ingenuamente el motivo. Rosalía, que acababa de entrar, parecía muy ofendida. ¡Vamos! Incluso el cura de su pueblo sabía mucho más de comida: podía decir la edad de un ave, con un error de menos de ocho días, con sólo trincharla, y no le hacía ninguna falta entrar en la cocina para saber lo que había para comer, pues con el olor le bastaba. ¡Dios mío! si ella

hubiese servido en casa de un párroco como el señor cura, a estas horas no sabría ni darle la vuelta a una tortilla. Y el sacerdote se excusaba perplejo, como si la falta total del sentido de la buena mesa fuese en él un defecto del que no se esperaba poder corregir. Pero la verdad es que le preocupaban otras muchas cosas. —Esto es pierna de cordero —dijo Rosalía poniendo el guiso encima de la mesa. Todo el mundo se echó a reír de nuevo, y el sacerdote el primero. Adelantó su enorme cabeza guiñando sus pequeños ojillos. —Sí, seguro que es pierna de carnero —dijo—. Creo que la habría reconocido. La verdad es que aquel día el cura estaba más distraído que de costumbre. Comía de prisa, como hacen los hombres a los cuales la comida molesta y que en su casa comen de pie; luego esperaba a los demás, distraído y contestando tan sólo con sonrisas. A cada momento echaba a su hermano una mirada en la que se adivinaban su deseo de animarle y su ansiedad. El mismo señor Rambaud tampoco parecía tener su tranquilidad habitual; pero su turbación se demostraba con una necesidad de charlar y removerse en su silla, cosa muy ajena a su carácter, naturalmente reflexivo. Después de las coles de Bruselas, como Rosalía se retrasara en traer el postre, se produjo un silencio. En el exterior el chaparrón aumentaba su violencia y un torrente de agua parecía azotar la casa. Entonces Elena se dio cuenta de que el clima no era el mismo y que, entre los hermanos, algo había que no se atrevían a decir. Los miró solícita y acabó por murmurar: — ¡Dios mío, qué lluvia más horrible! ¿No es verdad? Diríase que los fästidia y que, a los dos, los pone enfermos. Pero ellos lo negaron y se apresuraron a tranquilizarla. Y, como Rosalía se presentara en aquel momento trayendo una inmensa fuente, el señor Rambaud exclamó, para ocultar su emoción: — ¡Lo que yo decía! ¡Ahí va la sorpresa! Aquel día la sorpresa consistía en unas natillas de vainilla, uno de los éxitos de la cocinera. Había que ver la ancha y muda sonrisa con que la puso encima de la mesa. Juana palnoteaba diciendo: — ¡Yo lo sabía! ¡Yo lo sabía!... Había visto los huevos en la cocina. —Pero yo ya no tengo apetito —repuso el señor Rambaud con un aire desesperado—. No podría probar ni un bocado. Entonces Rosalía se puso muy seria y, conteniendo su enfado, dijo muy digna: — ¡Cómo! ¡Unas natillas que hice sólo para usted! ¡Intente usted no gustarlas! ¡Inténtelo!... Él se resignó y tomó una gran parte del dulce. El sacerdote seguía distraído. Dobló su servilleta y se levantó de la mesa antes de terminar el postre, como hacía a menudo. Por un momento se paseó con la cabeza inclinada sobre el hombro; después, cuando vio que Elena se levantaba de la mesa, lanzó una mirada de inteligencia al señor Rambaud y se llevó a la joven hacia el dormitorio. Tras ellos, por la puerta que había quedado entreabierta, se oyeron en seguida sus voces lentas, sin que se distinguieran las palabras. —Date prisa —decía Juana al señor Rambaud, que parecía como si no pudiese terminar una galleta—. Quiero enseñarte mi trabajo. Él no se daba ninguna prisa. Cuando Rosalía empezó a quitar la mesa, no tuvo más remedio que levantarse. — Espera, mujer, espera... —murmuraba mientras la niña intentaba llevárselo hacia el dormitorio. Se apartaba de la puerta cohibido y amedrentado. Después, como el sacerdote levantara la voz, le acometió una debilidad tal, que tuvo que sentarse de nuevo ante la mesa ya levantada. Había sacado un periódico de su bolsillo. —Voy a hacerte un cochecito —dijo. Con esto, Juana abandonó el proyecto de ir hacia el dormitorio. Resultaba maravilloso ver cómo el señor Rambaud sabía sacar toda clase de juguetes de un pedazo de papel. Sabía hacer pajaritas, barcos, birretas de obispo, cochecitos, jaulas. Pero aquel día los dedos le temblaban y no lograba dejar bien terminados los pequeños detalles. Al más pequeño ruido que saliera de la habitación vecina, agachaba la cabeza. Mientras, Juana, muy interesada, se había puesto de codos en la mesa, a su lado. —Después me harás una pajarita para engancharla al coche. El abate Jouve permanecía de pie al fondo de la habitación, en el claroscuro que creaba la pantalla. Elena ocupaba su puesto habitual ante el velador; y como los martes no gastaba cumplidos con sus invitados, reanudó su trabajo, de modo que sólo se veían sus pálidas manos cosiendo un gorrito para niño, en el círculo fuertemente iluminado. —Entonces, Juana, ¿ha dejado de ser un motivo de inquietud? —preguntó el sacerdote. Elena bajó la cabeza antes de contestar. —El doctor Deberle parece completamente tranquilo —dijo—. Pero la pobrecita está muy nerviosa todavía. Ayer la encontré desvanecida en su silla. —Le falta ejercicio —replicó el sacerdote—. Vive usted demasiado encerrada. No llevan ustedes una vida normal, como todo el mundo. Se calló y hubo un silencio. Sin duda, había encontrado el camino que buscaba; pero antes de hablar meditó un instante. Cogió una silla y, sentándose al lado de Elena, prosiguió: —Escuche, hija mía; hace tiempo que deseo hablar con usted formalmente... La vida que usted lleva no es buena. A su edad, nadie se encierra como hace usted: y este retiro es tan malo para su hija como para usted... Está lleno de peligros; peligros para la salud y, además, otra clase de peligros... Elena había levantado la cabeza, como sorprendida. — ¿Qué quiere usted decir, amigo mío? —preguntó. — ¡Dios mío! Conozco poco el mundo —prosiguió el sacerdote con cierto embarazo—, pero me consta que una mujer está expuesta a todo cuando se queda sin defensa... En fin, está usted demasiado sola, y esta soledad en la que parece complacerse no es sana, créame. Llegará un día en que lo lamente. —No me quejo y me encuentro muy a gusto como estoy —exclamó ella con cierto ímpetu. El viejo sacerdote zarandeó suavemente su gruesa cabeza. —Es cierto que todo esto es muy agradable y comprendo que se sienta completamente feliz. Pero, en esa pendiente de la



soledad y el ensueño, nadie sabe hasta dónde puede llegarse... ¡Claro que la conozco y sé que es usted incapaz de obrar mal!... Pero más tarde o más temprano puede que su tranquilidad se acabe. Una mañana, de pronto, puede que este vacío que deja usted a su alrededor y dentro de sí misma se encuentre ocupado por un sentimiento doloroso e inconfesable. El rostro de Elena, en la sombra, se había puesto colorado. Entonces, el sacerdote, ¿había leído en su corazón?, ¿conocía aquella inquietud que crecía en ella, aquella agitación interior que llenaba su vida y que ella misma no se atrevía a confesarse? Su labor cayó sobre su regazo. Una gran laxitud la acometió, como si esperara del sacerdote cierta complicidad devota que por fin le permitiera confesar en voz alta y precisar ciertas cosas inconcretas que pretendía ocultar en el fondo de su ser. Puesto que él lo sabía todo, podía preguntarle y trataría de contestarle.

—Me pongo en sus manos, amigo mío — murmuró —. Ya sabe usted que siempre le hice caso. Entonces el abate guardó un momento de silencio y luego, lenta y gravemente, dijo: —Hija mía, debe usted casarse de nuevo. Se quedó muda, con los brazos lacios, ante el estupor que le produjo semejante consejo. Esperaba otras palabras; no éstas, que no comprendía. No obstante, el sacerdote seguía exponiendo las razones que debían decidirla al matrimonio. — Piense que es usted joven todavía... No puede seguir por más tiempo en este rincón escondido de París, sin atreverse apenas a salir, ignorándolo todo de la vida. Debe usted incorporarse otra vez a la vida común, so pena de lamentar amargamente, más tarde, su aislamiento. Usted no se da cuenta de cómo este aislamiento influye en usted; pero sus amigos notan su palidez y no están tranquilos... Se detenía a cada frase, esperando que ella le interrumpiera y discutiera su propuesta. Pero Elena permanecía fría, como helada por la sorpresa. —Claro que tiene usted una hija —continuó—, y esto es siempre delicado... Pero piense tan sólo en que, en interés de su misma Juana, el brazo de un hombre le sería de gran utilidad... ¡Oh!, ya sé que sería necesario encontrar a alguien absolutamente bueno, que fuese un verdadero padre... No le dejó que acabara. Bruscamente habló con una rebeldía y una repulsión extraordinarias: —No, no; no quiero... ¿Qué clase de consejo me está usted dando?... ¡Nunca! ¿Oye usted, amigo mío? ¡Nunca! Todo su corazón se sublevaba y ella misma se asustaba de la violencia de la negativa. La propuesta del sacerdote acababa de remover en ella ese rincón oscuro en el que se negaba a leer, y la pena que sentía le dio a entender, al fin, la gravedad de su mal. Sentía el azoramiento pudoroso de una mujer que siente cómo se desliza el último velo que la cubre. Entonces, bajo la mirada clara y sonriente del viejo abate, se defendió: — ¡Pero si no quiero! ¡Si yo no amo a nadie! Y, como él seguía mirándola, creyó que estaba leyendo la mentira en su cara; se puso colorada y balbuceó: — Piense usted... Acabo de quitarme el luto hace quince días... No, eso es imposible. —Hija mía —dijo tranquilamente el sacerdote—, antes de hablarle lo he pensado mucho. Creo que en ello estriba su felicidad... Cállese... de todos modos, a usted le incumbe decidir. La conversación decayó. Elena procuraba detener el torrente de protestas que le subían a los labios. Cogió de nuevo su labor y dio algunas puntadas con la cabeza agachada. En medio del silencio se oyó la voz aflautada de Juana que decía en el comedor: —No se engancha una pajarita a un coche; se engancha un caballo... ¿Acaso no sabes hacer caballos? — ¡Ah, no! Hacer caballos es demasiado difícil —contestó el señor Rambaud—. Pero, si tú quieres, voy a enseñarte cómo se hacen los coches. Siempre terminaba así el juego, Juana, muy atenta, miraba a su amiguito doblar el papel en una infinidad de cuadritos; luego lo intentaba a su vez, pero se equivocaba y daba patadas en el suelo. No obstante, ya sabía hacer barquitos y birretas de obispo. —Mira —repetía pacientemente el señor Rambaud—: haces cuatro picos así, luego los doblas... Al cabo de un instante, con el oído atento, debió de adivinar algunas palabras que se decían en la habitación vecina; sus manos temblaron más y la lengua se le embarullaba de tal modo, que se comía la mitad de las palabras. Elena, que no lograba tranquilizarse, reanudó la conversación. — ¿Y casarme con quién? —preguntó de pronto al sacerdote abandonando su labor encima de la mesita—. Usted ha pensado en alguien, ¿verdad? El abate Jouve, que se había levantado y paseaba lentamente por la habitación, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sin detenerse. —Pues bien: ¡dígame quién es! —añadió. Por un instante el abate se quedó de pie ante ella; luego levantó ligeramente los hombros murmurando: — ¿Para qué?, puesto que usted se niega. —No importa; quiero saberlo —dijo—. ¿Cómo podría tomar una decisión sin saberlo? Él no respondió en seguida; permanecía de pie mirándola de frente. Una sonrisa un tanto triste arqueaba sus labios. Y casi en voz baja, acabó diciendo: — ¡Cómo! ¿No lo ha adivinado usted? No; no lo adivinaba. Buscaba, asombrada. Entonces él hizo un gesto simplemente, con un movimiento de cabeza, indicó el comedor. — ¡Él! —exclamó Elena, ahogando la voz. Se puso muy seria y dejó de protestar violentamente. En su cara no se reflejaban más que la sorpresa y la pena. Largo rato permaneció con los ojos mirando al suelo, pensativa. No, de verdad: jamás lo hubiese adivinado. Y, no obstante, no encontraba ninguna objeción. El señor Rambaud era el único hombre en cuya mano hubiese puesto lealmente la suya, sin temor alguno. Conocía su bondad, no se burlaba de su prosaísmo. Pero, pese a todo su afecto por él, la idea de que él la amase le helaba el corazón. Mientras, el abate había vuelto a sus paseos de uno a otro extremo de la habitación, y al pasar delante de la puerta del comedor llamó suavemente a Elena. —Mire, venga a ver. Ella se levantó y miró. El señor Rambaud había acabado por sentar a Juana en su misma silla. Él, que

primero estaba apoyado en la mesa, acababa de dejarse caer a los pies de la chiquilla. Estaba de rodillas ante ella y la rodeaba con uno de sus brazos. Sobre la mesa había un cochecito del que tiraba una pajarita, y además barquitos, cajas, birretas de obispo. —Entonces, ¿tú me quieres mucho? —decía—. Repite que me quieres mucho. —Claro que sí. Te quiero mucho, ya lo sabes. Él dudaba, como estremeciéndose, igual que si tuviera que arriesgar una declaración de amor. —Y si yo quisiera quedarme para siempre aquí, contigo, ¿qué contestarías? —Me pondría muy contenta; jugaríamos juntos, ¿verdad? Sería muy divertido. —Para siempre, ¿comprendes?; me quedaría para siempre. Juana había cogido un barco y lo iba transformando en el morrión de un guardia. Murmuró: — ¡Ah!, pero haría falta que mamá lo permitiera. Esta respuesta pareció sumirle de nuevo en sus ansiedades. Su suerte se estaba decidiendo. —Claro está —dijo—. Pero, si tu mamá lo permitiera, tú no dirías que no, ¿no es eso? Juana, que terminaba encantada su morrión de guardia, se puso a tararear una de sus tonadas: —Diría sí, sí, sí... Diría sí, sí, sí... ¡Mira qué bonito es mi sombrerito! El señor Rambaud, emocionado hasta las lágrimas, se incorporó sobre sus rodillas y la besó, mientras ella le echaba los brazos al cuello. Había encargado a su hermano que pidiera el consentimiento de Elena; él trataba de obtener el de Juana. —Ya lo ve usted —dijo el sacerdote con una sonrisa—: la niña sí quiere. Elena permaneció seria. Ya no discutía. El abate había reanudado su defensa e insistía sobre los méritos del señor Rambaud. ¿No era un padre a la medida para Juana? Ella le conocía, no dejaría nada al azar fiándose de él. Y como ella siguiera guardando silencio, añadió con gran emoción y gran dignidad que, si se había encargado de semejante gestión, no había sido pensando en su hermano, sino en ella y en su felicidad. —Lo creo; sé lo mucho que usted me aprecia —dijo vivamente Elena—. Espere, quiero contestar a su hermano delante de usted. Daban las diez. El señor Rambaud entró en el dormitorio. Ella fue a su encuentro alargando la mano y diciendo: —Le doy las gracias por su ofrecimiento, amigo mío, y le quedo muy agradecida. Hizo usted bien en hablar... Ella le miraba tranquila, a la cara, y mantenía su gruesa mano entre las suyas. Él, tembloroso, no se atrevía a levantar la vista. —Únicamente pido que me deje reflexionar —siguió—. Es posible que necesite mucho tiempo. — ¡Oh!, todo el que usted quiera; seis meses, un año, y más todavía — balbuceó, tranquilizado, feliz de que ella no le pusiera inmediatamente en la calle. Entonces ella sonrió débilmente añadiendo: —Quiero que sigamos siendo amigos. Continuará usted viniendo como hasta ahora; pero prométame que esperará a que sea yo quien hable primero de estas cosas... ¿Estamos de acuerdo? El había retirado su mano y buscaba nerviosamente su sombrero, aceptándolo todo con una ininterrumpida inclinación de cabeza. Luego, en el momento de salir, recobró la palabra: —Óigame — murmuró —: desde ahora usted sabe que yo estoy aquí, ¿no es verdad? Pues bien, sepa usted que yo seguiré aquí ocurra lo que ocurra. Esto es cuanto el cura debió explicarle... Dentro de diez años, si así lo prefiere, no tendrá usted más que hacerme una seña. Yo obedeceré. Y fue él quien cogió de nuevo la mano de Elena estrechándola hasta casi romperla. Ya en la escalera, los dos hermanos se volvieron como de costumbre, diciendo: —Hasta el martes. —Sí, hasta el martes —contestó Elena. Cuando entró de nuevo en la habitación, el rumor de un nuevo aguacero que sacudía las persianas la puso triste. ¡Dios mío!, ¡qué lluvia más persistente!, ¡y cómo iban a calarse sus amigos! Abrió la ventana y echó una ojeada a la calle. Brascas ráfagas apagaban los mecheros de gas. En medio de los charcos pálidos y de los destellos de la lluvia, percibió la vencida espalda del señor Rambaud, que se marchaba, feliz y bailoteando en la oscuridad, sin que pareciera preocuparse de aquel diluvio. Juana, no obstante, estaba muy seria desde que había oído algunas de las últimas palabras de su buen amigo. Acababa de quitarse sus botines y permanecía en camisa al borde de la cama, reflexionando profundamente. Cuando su madre entró para besarla, la encontró así. —Buenas noches, Juana. Dame un beso. Luego, como la niña pareciera no oírla, Elena se agachó junto a ella y, cogiéndola por la cintura, le preguntó a media voz: — ¿Te gustaría que viviera con nosotros? Juana no pareció sorprenderse de la pregunta. Sin duda estaba pensando en estas cosas. Lentamente dijo que sí con un movimiento de cabeza. —Pero, ¿comprendes? —siguió la madre—, estaría siempre aquí, de noche, de día, en la mesa, en todas partes. Una inquietud iba en aumento en los claros ojos de la pequeña. Puso su mejilla en el hombro de su madre, la besó en el cuello y acabó por preguntarle al oído, con un estremecimiento: —Mamá, ¿y podría besarte? Un ligero rubor subió hasta la frente de Elena. No supo qué responder a esta pregunta de chiquilla. Por fin murmuró: —Sería como tu padre, querida. Entonces los bracitos de Juana se pusieron rígidos y estalló en grandes sollozos. Tartamudeaba: — ¡Oh no, no, no quiero!... ¡Oh, mamá! Te lo ruego: dile que no quiero, vete a decirle que yo no quiero... Se ahogaba. Se había lanzado sobre el pecho de su madre y la cubría de besos y lágrimas. Elena trató de calmarla, repitiéndole que todo se arreglaría. Pero Juana quería inmediatamente una contestación definitiva. — ¡Oh!, di que no, madrecita, di que no... ¿No ves que yo me moriría? ¡Jamás! ¿Verdad? ¡Jamás! —Está bien; no, te lo prometo. Sé juiciosa y acuéstate. Durante algunos minutos todavía, en silencio y apasionadamente la niña se apretó entre sus brazos como si no pudiese desprenderse de ella, como si la defendiera contra aquellos que querían quitársela. Por fin, Elena pudo acostarla; pero tuvo que velar junto a ella parte de la noche. Unas sacudidas la

agitaban en su sueño y cada media hora abría los ojos para asegurarse de que su madre estaba allí; luego volvía a dormirse pegando sus labios contra su mano. SEGUNDA PARTE. Capítulo Tercero. Fue un mes deliciosamente suave. El sol abrilero había enverdecido el jardín con una hierba tierna y fina que parecía de encaje. Sobre la verja, los tallos locos de las clemátides echaban sus brotes finos, en tanto que los capullos de las madreselvas exhalaban su perfume delicado, casi azucarado. A ambos lados del césped, cuidado y recortado, los geranios rojos y los alhelios blancos llenaban de flores los macizos. El bosquecillo de olmos del fondo, entre el estrangulamiento de las construcciones vecinas, arrojaba el jardín con sus verdes ramas, cuyas pequeñas hojas se estremecían al menor soplo del aire. Durante más de tres semanas, el cielo permaneció azul, sin una nube. Era como un milagro de la primavera que festejaba la nueva juventud, el florecimiento que Elena llevaba en su corazón. Todas las tardes bajaba al jardín acompañada de Juana. Tenía ya su puesto asignado, junto al primer olmo de la derecha. Una silla la aguardaba, y al día siguiente encontraba todavía sobre la gravilla las hilachas que había sembrado la víspera. —Está usted en su casa — repetía todas las tardes la señora Deberle, que sentía hacia ella una de esas pasiones de las que vivía durante seis meses—. Hasta mañana. Procurará venir más pronto, ¿verdad? Y Elena, en efecto, se sentía como en su casa. Poco a poco se acostumbraba a ese rincón de verdor y esperaba el momento de instalarse en él con una impaciencia infantil. Lo que le encantaba de este jardín burgués era, por encima de todo, la limpieza del césped y de los macizos. Ni una hierba olvidada estropeaba la simetría del follaje. Las avenidas, rastrilladas todas las mañanas, ofrecían a los pies la suavidad de una alfombra. Vivía allí, tranquila y reposada, sin sufrir de los excesos de la savia. Nada turbador le llegaba de estos macizos tan limpiamente dibujados ni de estos mantos de hiedra de la que el jardinero quitaba, una a una, todas las hojas amarillentas. Bajo la sombra recoleta de los olmos, en este parterre discreto que la presencia de la señora Deberle perfumaba con una pizca de almizcle, podía imaginarse en un salón, y la sola vista del cielo, cuando levantaba la cabeza, le recordaba el aire libre y la hacía respirar ampliamente. A menudo pasaban ambas la tarde solas, sin ver a nadie. Juana y Luciano jugaban a sus pies. Se producían largos silencios. Luego, la señora Deberle, a la que la meditación desesperaba, hablaba horas seguidas, contentándose con el callado acuerdo de Elena, recomenzando de nuevo al menor signo de aprobación. Se trataba de interminables historias relativas a las señoras de su intimidad, de proyectos de recepciones para el próximo invierno, de reflexiones de cotorra charlatana a propósito de los acontecimientos del día, todo el caos mundano que se acumulaba bajo aquella frente estrecha de mujer bonita, todo ello barajado con bruscas efusiones de cariño hacia los niños y con frases emocionadas que exaltaban los encantos de la amistad. Elena se dejaba estrechar las manos. No siempre escuchaba; pero, en el ambiente de ternura en que constantemente vivía, se sentía muy emocionada por las caricias de Julieta, a la que encontraba de una gran bondad, de una bondad de ángel. Otras veces se presentaba una visita. En estos casos la señora Deberle se sentía encantada. Desde Semana Santa había olvidado sus sábados, como correspondía a esta época del año. Pero temía la soledad y la satisfacía que viniesen a verla, sin cumplidos, en su jardín. Su gran preocupación, entonces, era la de escoger la playa en la que pasaría el mes de agosto. A cada visita empezaba de nuevo la misma conversación; explicaba que su marido no la acompañaría y luego preguntaba a todo el mundo, pues no podía decidirse en su elección. No lo hacía por ella, sino por Luciano. Cuando el bello Malignon llegaba, se sentaba a horcajadas en una silla rústica. Aborrecía el campo y decía que había que estar loco para desterrarse de París con el pretexto de ir a resfriarse a orillas del océano. No obstante, discutía sobre las playas; todas eran infectas, y declaraba que, aparte Trouville, no había absolutamente nada que fuera un poco decente. Elena oía todos los días la misma discusión sin fatigarse, satisfecha incluso con esta monotonía de sus días que la mecía y adormecía en un mismo pensamiento. Al cabo de un mes, la señora Deberle no sabía todavía a dónde ir. Una tarde cuando Elena ya se retiraba, Julieta le dijo: —Mañana tengo que salir a la fuerza; pero no deje usted de bajar por eso... Espéreme, que no tardaré en volver. Elena aceptó y pasó una tarde deliciosa, sola en el jardín. Por encima de su cabeza sólo oía el batir de las alas de los gorriones que revoloteaban por los árboles. Todo el encanto de este rincón lleno de sol la penetraba. A partir de este día, sus mejores tardes fueron aquellas en que su amiga la abandonaba. Sus relaciones con los Deberle se hicieron cada vez más estrechas. Almorzó en su casa como una amiga a la que se retiene en el momento de sentarse a la mesa. Cuando se retrasaba bajo los olmos y Pedro descendía la escalinata para decir: «La señora está servida», Julieta le rogaba que se quedara, y ella cedía a veces. Eran cenas familiares animadas con la turbulencia de los niños. El doctor Deberle y Elena parecían unos buenos amigos cuyos temperamentos apacibles, un tanto fríos, simpatizaban. De modo que Julieta exclamaba a menudo: — ¡Oh, qué bien se entenderían ustedes dos! A mí, tanta tranquilidad me desespera. Todas las tardes, el doctor volvía de sus visitas hacia las seis. Encontraba a las señoras en el jardín y se sentaba junto a ellas. Al principio Elena había hecho ademán de retirarse en seguida para dejar al matrimonio solo. Pero Julieta se había enfadado tanto de esta brusca retirada, que ahora siempre se quedaba. Compartía la vida íntima de aquella familia, que parecía siempre muy

unida. Cuando llegaba el doctor, su esposa le ofrecía siempre la mejilla con el mismo gesto afectuoso y él la besaba; después Luciano se encaramaba por sus piernas, él le ayudaba a subir y lo mantenía sobre sus rodillas mientras seguía hablando. El niño le cerraba la boca con las manitas, le tiraba del pelo en medio de una frase, se portaba tan mal, que él acababa por dejarlo en el suelo diciéndole que jugase con Juana. Elena sonreía viendo estos juegos y, apartando por un momento la vista de su labor, envolvía con una mirada tranquila al padre, a la madre y al niño. El beso del marido no la molestaba en absoluto y las travesuras de Luciano la enternecían. Se hubiese dicho que la tranquila paz de aquel matrimonio era para ella como un descanso. Entre tanto, el sol poniente amarilleaba las altas ramas. De la palidez celeste descendía una especie de serenidad. Julieta, que tenía la manía de hacer preguntas incluso a las personas que menos conocía, interrogaba a su marido constantemente, muchas veces sin aguardar su respuesta. — ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? Entonces él hablaba de sus visitas, hacía referencia a unos conocidos que había saludado, le informaba sobre una tela o un mueble que había entrevisto en un escaparate. A menudo, mientras hablaba, sus ojos se cruzaban con los de Elena. Ni uno ni otro volvían la cabeza; se miraban frente a frente, como si vieran hasta el fondo de sus corazones; luego sonreían bajando lentamente los párpados. La nerviosa vivacidad de Julieta, que procuraba disimular con una languidez estudiada, no les permitía hablar mucho rato entre ellos, pues se entrometía en todas las conversaciones. No obstante, intercambiaban palabras, frases lentas y superficiales que parecían cobrar un significado profundo que se prolongaba más allá del sonido de las voces. A cada palabra, se manifestaban mutuamente su aprobación con un ligero movimiento de la cabeza, como si todos sus pensamientos les fuesen comunes. Había un entendimiento absoluto, íntimo, que surgía del fondo de su ser y que les hacía compenetrarse incluso en sus silencios. A veces Julieta detenía sus palabras de cotorra parlanchina, como avergonzada de estar siempre hablando, y decía a Elena: —La estamos aburriendo. Hablamos de cosas que no le interesan en absoluto. —Nada de eso —respondía Elena alegremente—. No se preocupen por mí. Yo no me aburro jamás... Me encanta escuchar y no decir nada. No mentía. Era durante esos largos silencios cuando mejor apreciaba el encanto de encontrarse allí. Con la cabeza inclinada sobre su labor, levantando la vista de vez en cuando para cambiar con el doctor aquellas largas miradas que los unían el uno al otro, se encerraba complacida en el egoísmo de su emoción. Se confesaba ahora que entre ella y él existía un sentimiento secreto, algo muy dulce, tanto más dulce cuanto nadie en el mundo podía compartirlo con ellos. Pero guardaba su secreto apaciblemente sin que su honestidad se alarmara, pues nada malo la agitaba. ¡Qué bueno era con su esposa y su niño! Todavía le quería más cuando hacía saltar a Luciano o besaba a Julieta en la mejilla. Desde que le veía en su casa, su amistad había aumentado. Ahora ella era como de la familia y no se le ocurría que pudiesen alejarla. En su secreta intimidad le llamaba Enrique, naturalmente, de tanto oír a Julieta llamarle así. Cuando sus labios decían «doctor», un eco, en el fondo de su ser, repetía «Enrique». Un día el doctor la encontró sola bajo los olmos. Julieta salía casi todas las tardes. — ¡Vaya!, ¿mi mujer no está ahí? —dijo. —No. Me está abandonando —respondió ella riéndose—. Verdad es que usted ha vuelto más pronto. Los niños jugaban en el otro extremo del jardín. Se sentó a su vera. Su conversación a solas no los turbaba en absoluto. Durante cerca de una hora hablaron de mil cosas sin sentir ni por un instante el deseo de aludir al sentimiento que llenaba su corazón. ¿Para qué hablar de eso? ¿Acaso no sabían lo que podrían decirse? No tenían que hacerse ninguna confesión. A su felicidad le bastaba con estar juntos, con estar de acuerdo en todo, con gozar sin zozobras de su soledad, en este mismo sitio donde cada tarde él besaba a su esposa. Aquel día le gastó una broma sobre la furia con que ella trabajaba. — ¿Sabe usted —dijo— que ni siquiera sé de qué color son sus ojos? Los tiene usted siempre fijos en su aguja. Ella levantó la cabeza y le miró, como hacía siempre, frente a frente. — ¿Es que le agrada gastar bromas? —interrogó en voz baja. Pero él prosiguió: — ¡Ah!, son grises... Grises con un reflejo azul, ¿no es eso? Esto era cuanto se atrevían a decir, pero las palabras, cualesquiera que fuesen, adquirían una dulzura infinita. A partir de este día, a menudo la encontró sola al anochecer. A pesar suyo, sin que se diesen cuenta, su intimidad se hacía entonces mayor. Hablaban con la voz demudada, con inflexiones acariciadoras que no tenían cuando los escuchaban. Y, no obstante cuando llegaba Julieta, trayendo la fiebre parlanchina de sus correrías por París, nunca los molestaba, y podían seguir la conversación comenzada sin tener que turbarse ni apartar sus sillas. Parecía como si aquella hermosa primavera, en aquel jardín donde las lilas florecían, prolongase en ellos el primer arrebató de la pasión. Hacia fines de mes, la señora Deberle se sintió preocupada por un gran proyecto. De pronto se le ocurrió la idea de dar un baile infantil. La estación estaba ya muy avanzada, pero esta idea llenó de tal modo su cabeza, que se lanzó en seguida a los preparativos con su turbulenta actividad. Quería hacer algo que estuviese realmente bien. Sería un baile de disfraces. Desde entonces no se habló más que de su baile, en su casa, en casa de los demás, por todas partes. Se celebraron en el jardín conversaciones interminables. El bello Malignon encontraba el proyecto un poco «tontaina»; no obstante, se dignó interesarse por él y prometió traer a un cantante cómico conocido suyo. Una tarde, aprovechando que todo el mundo estaba a la sombra de los árboles, Julieta

planteó el grave problema de los disfraces de Luciano y Juana. —Lo estoy dudando mucho —dijo—. He pensado en un Pierrot de raso blanco. — ¡Oh, qué vulgar! —declaró Malignon—. Por lo menos, aparecerán una docena de Pierrots en su baile. Espere; habría que dar con algo... Se puso a reflexionar profundamente mientras chupaba el puño de su junco. Paulina, que llegaba en aquel momento, exclamó: —A mí me apetece disfrazarme de doncella de comedia. — ¡Tú! —dijo la señora Deberle sorprendida—, ¡pero si tú no vas a disfrazarte! ¿Te figuras que eres una niña, grandísima tonta?... Vas a hacerme el favor de venir con un traje blanco. — ¡Anda! Pues eso me hubiese divertido —murmuró Paulina, a la que, a pesar de sus dieciocho años y sus redondeces de muchacha, le encantaba jugar con los niños pequeños. Mientras, Elena, que seguía trabajando al pie de su árbol, levantaba a veces la cabeza para sonreír al doctor y al señor Rambaud, que charlaban de pie junto a ella. El señor Rambaud había acabado por entrar en la intimidad de los Deberle. — ¿Y a Juana? —preguntó el doctor—. ¿De qué va usted a vestirla? Pero le interrumpió una exclamación de Malignon: — ¡Ya sé! ¡Un marqués Luis XV! Y esgrimía su junco con gesto triunfal. Y, como no provocara grandes entusiasmos a su alrededor, pareció sorprendido. —Pero, ¡cómo!, ¿no se dan ustedes cuenta? Es Luciano quien recibe a sus invitados, ¿no es eso? Entonces, le colocan ustedes a la puerta del salón vestido de marqués con un gran ramo de rosas a su lado y él hace una reverencia a las damas que van llegando. —Es que —objetó Julieta— habrá docenas de marqueses. — ¿Y esto qué importa? —dijo Malignon tranquilamente—. Cuantos más marqueses haya, más divertido va a resultar. Les digo a ustedes que es un hallazgo... Es necesario que el dueño de la casa sea un marqués; de lo contrario, su baile será infecto. Parecía tan convencido, que la misma Julieta acabó por entusiasmarse también. En efecto, un disfraz de marquesito Pompadour en satén blanco, recamado de pequeños ramilletes, estaría delicioso. — ¿Y Juana? —repitió el doctor. La chiquilla había venido a apoyarse en el hombro de su madre con este gesto mimoso que tanto le gustaba adoptar. Cuando Elena iba a abrir los labios, murmuró: — ¡Oh mamá!, ya sabes lo que me prometiste... — ¿Qué? —preguntaron a su alrededor. Entonces, en tanto que su hijita le suplicaba con la mirada, Elena respondió sonriente: —Juana no quiere que se sepa cuál será su disfraz. — ¡Es verdad! —exclamó la niña—. Si el disfraz ya se sabe, no produce ningún efecto. Por un momento esta coquetería regocijó a los circunstantes y el señor Rambaud empezó a hacerla rabiar. Desde hacía algún tiempo, Juana se mostraba esquiva con él y el pobre hombre, desesperado, no sabiendo cómo lograr de nuevo los favores de su amigueta, la zahería con sus bromas para acercarse a ella. Mirándola, repitió varias veces: —Voy a decirlo. Yo voy a decirlo. La niña se puso pálida. Su dulce carita enfermita adquirió una hosca dureza, con la frente surcada por dos grandes arrugas y la barbilla alargada y nerviosa. —Tú — tartamudeó —, tú no dirás nada. Y, como él simulara todavía que iba a hablar, se lanzó sobre el señor Rambaud gritando alocadamente: — ¡Cállate! ¡Quiero que te calles!... ¡Lo quiero! Elena no había tenido tiempo de prevenir aquel acceso, uno de esos accesos de cólera ciega que a veces acometían de una manera terrible a la pequeña. Dijo severamente: —Juana, vete con cuidado, que no te castigue. Pero Juana no la escuchaba ni la oía. Temblando de pies a cabeza, pataleando, ahogándose, repetía: «¡Lo quiero! ¡Lo quiero!», con una voz cada vez más ronca y desgarrada, y con sus manos crispadas había cogido del brazo al señor Rambaud y se lo retorcía con una fuerza extraordinaria. En vano la amenazó Elena. Entonces, no pudiendo dominarla por la severidad, muy apenada por esta escena delante de todo el mundo, se contentó con murmurar en voz baja: —Juana, me causas mucha pena. Inmediatamente la niña soltó su presa y volvió la cabeza. Cuando vio a su madre con la cara compungida y los ojos conteniendo el llanto, estalló en un sollozo y se lanzó a su cuello balbuceando: —No, mamá... No, mamá... Le pasaba las manos por la cara para impedir que llorara. Su madre la apartó lentamente. Entonces, con el corazón en un puño, desesperada, la pequeña dejóse caer sobre un banco que estaba a pocos pasos y rompió a llorar con más fuerza. Luciano, a quien siempre se la presentaban como un modelo, la contempló sorprendido y ligeramente encantado. Como Elena recogiera su labor, pidiendo excusas por semejante escena, Julieta le dijo que, ¡por Dios!, a los chiquillos hay que perdonárselo todo; por el contrario, la niña tenía tan buen corazón, y la pobrecita lo sentía tanto, que ya estaba de sobras castigada. La llamó para besarla; pero Juana rechazó el perdón y siguió en su banco, ahogada en lágrimas. El señor Rambaud y el doctor se habían acercado. El primero se inclinó y preguntó emocionado, con su bondadosa voz: —Vamos a ver, querida: ¿por qué estás enojada? ¿Qué te he hecho yo? — ¡Oh! —dijo la niña apartando las manos y mostrando su carita alterada—. Has querido quitarme a mi mamá. El doctor, que escuchaba, se puso a reír. El señor Rambaud no comprendió de momento. — ¿Qué estás diciendo? —Sí, sí, el martes pasado... ¡Oh, bien lo sabes!... Te pusiste de rodillas preguntándome qué diría si tú te quedabas en casa. El doctor ya no sonreía. Sus labios, descoloridos, temblaron. Por el contrario, el rubor había subido a las mejillas del señor Rambaud, que bajó la voz y balbuceó: —Pero tú dijiste que jugaríamos siempre juntos. —No, no, yo no sabía —repuso la niña con violencia—. No quiero, ¿comprendes?... No vuelvas a hablar de ello jamás, jamás, y seremos amigos. Elena, de pie, con su labor en una canastilla, había oído estas últimas palabras. —Vamos, sube, Juana. Cuando se llora, no hay que molestar a la gente.

Saludó, empujando a la pequeña ante ella. El doctor, muy pálido, la miraba fijamente. El señor Rambaud estaba consternado. En cuanto a la señora Deberle y a Paulina, con la ayuda de Malignon, habían cogido a Luciano y le hacían dar vueltas, discutiendo con viveza, sobre sus espaldas, sobre el traje de marqués Pompadour. Al día siguiente, Elena estaba sola bajo los olmos. La señora Deberle, que recorría medio París organizando su baile, se había llevado a Luciano y a Juana. Cuando el doctor volvió, más pronto que de costumbre, descendió rápidamente la escalinata, pero no se sentó. Daba vueltas alrededor de Elena, arrancando trocitos de corteza de los árboles. Inquieta por esta agitación, ella levantó un momento los ojos; luego dio una nueva puntada con mano un tanto temblorosa. — Parece que el tiempo se está estropeando —dijo turbada por el silencio—. Esta tarde, casi hace frío... —Sólo estamos en abril —murmuró él, esforzándose en tranquilizar su voz. Pareció que iba a alejarse, pero volvió y le preguntó bruscamente: —Entonces, ¿va usted a casarse? Esta brutal pregunta la sorprendió hasta tal punto, que dejó caer su labor. Estaba pálida. Por un supremo esfuerzo de voluntad conservó su rostro de mármol, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos. No contestó y, entonces él se mostró suplicante: — ¡Oh, se lo ruego! Una palabra, una palabra nada más... ¿Va usted a casarse? —Sí, tal vez.. ¿Qué puede importarle? —dijo al fin en un tono glacial. — ¡Pero eso es imposible! — ¿Por qué? —dijo ella sin dejar de mirarle. Entonces, bajo esta mirada que le clavaba sus palabras en los labios, tuvo que callarse. Durante un instante permaneció allí, llevándose las manos a las sienes; luego, como estaba ahogándose y temía ceder a un acceso de violencia, se alejó mientras ella simulaba seguir trabajando tranquilamente en su labor. Pero el encanto de aquellas plácidas tardes estaba ya roto, y aun cuando, al día siguiente, se mostró tierno y suniso, Elena se sentía intranquila en cuanto se quedaba sola con él. Ya no existía aquella familiaridad, aquella confianza serena que los dejaba, uno al lado del otro, sin la menor turbación, con la alegre satisfacción de saberse juntos. Pese al cuidado que él ponía en no alarmarla, la miraba a veces sacudido por un estremecimiento súbito, con el rostro inflamado por una oleada de sangre. Ella misma había perdido su tranquila placidez; sentía escalofríos y permanecía, lánguidamente, con las manos cansadas e inocentes. Toda clase de cóleras y deseos parecían haber despertado en ambos. Elena llegó a no permitir que Juana se alejase. En todo momento, el doctor encontraba entre ellos este testigo que le vigilaba con sus grandes y límpidos ojos. Pero lo que más hacía sufrir a Elena era la sensación de sentirse cohibida ante la señora Deberle. Cuando ésta volvía con los cabellos al viento y la llamaba «mi querida amiga» al contarle sus correrías, ya no la escuchaba con el mismo aire sonriente y tranquilo; en el fondo de su ser bullía un tumulto de sentimientos que se resistía a concretar, sentía como vergüenza, rencor. Luego, su naturaleza honesta se sublevaba; tendía la mano a Julieta sin poder reprimir el estremecimiento físico que los dedos tibios de su amiga le provocaban a flor de piel. Entretanto, el tiempo se había estropeado. Los chubascos obligaron a que las señoras se refugiaran en el pabellón japonés. El jardín, con su hermosa pulcritud, se convertía en un lago, y nadie se atrevía a pasear por las avenidas por temor a llenarse los zapatos de barro. Cuando un rayo de sol lucía entre dos nubarrones, el follaje empapado se secaba y en las lilas había perlas pendientes en cada una de sus flores. Bajo los olmos caían gruesas gotas. —Por fin, está decidido para el sábado —dijo un día la señora Deberle—. ¡Ah querida, ya no puedo más!... ¿De acuerdo? Estén ustedes a las dos en punto. Juana abrirá el baile con Luciano. Y en un arranque de cariño, encantada con los preparativos de su baile, besó a los dos chiquillos; luego, riéndose cogió a Elena por el brazo y le dio también un par de fuertes besos en las mejillas. —Es como un premio para mí —dijo alegremente—. Creo que me lo merezco. Si usted supiera lo que he corrido... Ya verá usted como será un éxito. Elena permaneció fría, mientras el doctor las miraba por encima de la rubia cabeza de Luciano, que se había colgado de su cuello. SEGUNDA PARTE. Capítulo Cuarto. En el vestíbulo del hotelito estaba Pedro de pie, vestido de frac y con corbata blanca, abriendo la portezuela de los coches a medida que iban llegando. Entraba un sople de aire húmedo y el reflejo amarillento de la tarde lluviosa iluminaba el estrecho zaguán, atestado de cortinajes y plantas verdes. Eran las dos de la tarde y la claridad disminuía como si se tratara de un triste día de invierno. Pero, en cuanto el criado empujaba la puerta del primer salón, una fuerte iluminación cegaba a los invitados. Se habían cerrado las persianas y corrido cuidadosamente las cortinas y no se filtraba un solo destello del cielo oscuro; las lámparas colocadas encima de los muebles, las bujías que ardían en la lámpara y en los apliques de cristal, parecían iluminar una capilla ardiente. Al fondo del saloncito, cuyos cortinajes reseda apagaban un poco el esplendor de las luces, resplandecía el gran salón, negro y oro, decorado igual que para el baile que la señora Deberle daba todos los años por el mes de enero. Entretanto, los niños empezaban a llegar, mientras Paulina, muy atareada, hacía alinear filas de sillas en el salón delante de la puerta del comedor que había sido desmontada y substituida por un telón rojo. —Papá —chilló—, échame una mano; si no me ayudas, no terminaremos nunca. El señor Letellier, que contemplaba la araña con las manos a la espalda, se apresuró a hacerlo. Paulina trasladaba por sí misma las sillas. Había obedecido a su hermana poniéndose un traje blanco, sólo que su corpiño, con un escote cuadrado, dejaba ver todo el pecho. — Ahora ya estamos listos —repuso—. Ya pueden venir... Pero ¿en qué está pensando Julieta? No acaba de vestir a

Luciano. Precisamente, la señora Deberle apareció acompañando al marquesito. Todas las personas presentes prorrumpieron en exclamaciones. ¡Oh! ¡Era un encanto! Estaba muy gracioso con su casaca de raso blanco, recamada de ramilletes, con su gran chaleco bordado en oro y el calzón de seda color cereza. Su barbilla y sus delicadas manos desaparecían entre los encajes. Una espada de juguete, con un gran lazo rosa, golpeaba su cadera. —Vamos, haz los honores —le dijo su madre conduciéndole hacia la primera estancia. Llevaba ocho días ensayando la lección. Se apoyó gallardamente en sus pequeñas pantorrillas, con la cabeza empolvada un tanto inclinada y su tricornio bajo el brazo izquierdo. A cada invitado que llegaba le hacía una reverencia, le ofrecía el brazo, saludaba y volvía sobre sus pasos. Todos reían a su alrededor mientras él permanecía muy serio, con una pizca de descaro. De este modo condujo a Margarita Tissot, una chiquilla de cinco años que llevaba un delicioso vestido de lechera, con el tarro de la leche colgando de la cintura; lo mismo hizo con las dos pequeñas Berthier, Blanca y Sofía, una de las cuales iba de Locura y la otra de Doncella; se atrevió incluso con Valentina de Chermette, una chica mayor, de catorce años, a la que su madre disfrazaba siempre de Española; y como él era tan poquita cosa, parecía que fuese ella quien le llevaba. Pero su apuro fue grande ante la familia Levasseur, compuesta de cinco señoritas que se presentaron en fila, según su talla, la más joven de unos dos años apenas y la mayor de diez. Las cinco disfrazadas de Caperucita Roja, con la toquilla y el vestido de raso amapola a franjas de terciopelo negro sobre el que destacaba el ancho delantal de encaje. Valientemente se decidió, tiró su sombrero y, cogiendo a las dos mayores por ambos brazos, hizo su entrada en el salón seguido por las otras tres. Todos se regocijaron mucho, sin que él perdiera en absoluto su gentil empaque de hombrecito. Entretanto, la señora Deberle reñía a Paulina en un rincón. — ¡Será posible! ¡Escotarte de ese modo! — ¡Anda!, Pues ¿qué he hecho yo? Papá no me ha dicho nada —respondió tranquilamente Paulina—. Si quieres, me pongo un ramillete. Cogió un puñado de flores naturales de una jardinera y se lo metió entre los senos. Pero ya unas señoras, unas mamás con lujosos vestidos de fiesta, rodeaban a la señora Deberle felicitándola por su baile. Como pasara Luciano, su madre le arregló un bucle de sus empolvados cabellos, mientras él se ponía de puntillas para preguntar: — ¿Y Juana? —Va a venir en seguida, querido... Ten cuidado, no vayas a caerte... Apresúrate, ahí tienes a la pequeña Guiraud... ¡Ah!, va de Alsaciana. El salón iba llenándose, las filas de sillas ante el telón rojo estaban casi todas ocupadas y se oía la algarabía de las voces infantiles. Los muchachos llegaban en bandadas. Ya había tres Arlequines, cuatro Polichinelas, un Fígaro, varios Tirolenses y Escoceses. El pequeño Berthier iba de paje. El pequeño Guiraud, un chiquillo de dos años y medio, llevaba un traje de Pierrot que le hacía tan gracioso, que todo el mundo le levantaba al pasar para besarle. — ¡He aquí a Juana! —dijo de pronto la señora Deberle—. ¡Oh, está adorable! Hubo un murmullo y las cabezas se inclinaron en medio de leves chillidos. Juana se había parado en el umbral del primer salón, mientras su madre, todavía en el vestíbulo, se despojaba de su abrigo. La niña lucía un vestido de Japonesa, magníficamente singular. El traje, bordado con flores y pájaros raros, le llegaba hasta los pies diminutos y los cubría. Por debajo de la ancha cintura, al abrirse, los faldones dejaban ver una enagua de seda verdosa, jaspeada de amarillo. Nada podía tener un más raro encanto que su carita fina bajo el alto moño cruzado de largas agujas, con su barbilla y sus ojos de cabrita, pequeños y relucientes, que le daban todo el aire de una auténtica muchacha de Yeddo que se moviera envuelta de un perfume de benjuí y de té. Se había quedado allí, azarada, con la languidez enfermiza de una flor lejana que sueña en su país natal. Pero, tras ella, apareció Elena. Ambas, al pasar bruscamente de la luz pálida de la calle a este vivido fulgor de las bujías, parpadeaban, como cegadas, sin dejar de sonreír. Aquel aliento cálido, aquel perfume del salón en el que dominaba la violeta, les ahogaba un poco y hacía enrojecer sus frescas mejillas. Todos los invitados, al entrar, tenían el mismo gesto de sorpresa y de vacilación. — ¿Bueno, Luciano? —dijo la señora Deberle. El niño no había visto a Juana. Se precipitó y la cogió del brazo olvidándose de hacer la reverencia. A uno y otro se les veía tan delicados, tan tiernos, el Marquesito con su casaca de pequeños ramilletes, la Japonesa con su traje bordado de púrpura, que parecían dos estatuillas de Sajonia, finamente pintadas y doradas que, de pronto, hubiesen cobrado vida. — ¿Sabes? Te estaba esperando —murmuró Luciano—. Me fastidia esto de dar el brazo... ¡Va! Nos quedamos juntos. Y se instaló con ella en la primera fila de sillas, olvidándose por completo de sus deberes de dueño de la casa. —De verdad que estaba intranquila —repetía Julieta a Elena—. Temía que Juana estuviera indispuesta. Elena se excusaba, no se acaba nunca con los chicos. Estaba todavía de pie, en un rincón del salón, entre un grupo de señoras, cuando notó que el doctor avanzaba tras ella. Acababa de entrar, en efecto, separando el telón rojo, tras el cual había metido de nuevo la cabeza para dar una última orden. Pero, de pronto, se detuvo. También él adivinaba la presencia de Elena, pese a que ésta no se había vuelto. Vestida con traje de granadina negra, jamás su belleza había sido más majestuosa. Él se estremeció, sintiendo el frescor que ella traía de la calle, y que parecía exhalar de sus hombros y de sus brazos desnudos, bajo la tela transparente. — Enrique no ve a nadie —dijo Paulina riendo—. ¡Eh, buenos días, Enrique! Entonces él se acercó y saludó a las señoras. La señorita Aurelia, que se encontraba allí, le retuvo un instante para

enseñarle, de lejos, a un sobrino suyo que había traído. Él permanecía complacido. Elena, sin decir palabra, le tendió una mano enguantada de negro que él no se atrevió a estrechar con demasiada fuerza. — ¡Cómo! —exclamó la señora Deberle reapareciendo—. Te buscaba por todas partes... Son cerca de las tres. Podríamos comenzar. — ¡Qué duda cabe! —dijo él—. En seguida. El salón estaba lleno en este momento. Alrededor de la estancia, bajo la gran claridad de la araña, los padres ponían como un friso oscuro con sus trajes de ceremonia; algunas señoras, agrupando sus sillas, formaban sociedad aparte; los hombres, inmóviles a lo largo de las paredes, ocupaban los espacios libres, mientras que, en la puerta del salón vecino las levitas más numerosas, se empujaban y se encaramaban. Toda la luz caía sobre el mundillo alborotador del centro de la amplia estancia. Había allí cerca de un centenar de niños, mezclados con la abigarrada alegría de sus trajes claros en los que el azul y el rosa destacaban. Era como un manto de cabecitas rubias, con todos los matices del rubio, desde el ceniza fino hasta el oro rojo, y un despertar de lazos y flores; toda una mies de cabelleras rubias que las risas hacían ondular igual que la brisa. A veces, entre aquella algarabía de cintas y de encajes, de sedas y terciopelos, una carita aparecía: una naricita rosa, dos ojos azules, una boca sonriente o enfurruñada que parecían extraviadas. Los había que no alzaban dos palmos del suelo que se escurrían entre los grandullones de diez años y a los que sus madres buscaban de lejos sin poder hallarlos. Algunos muchachos se quedaban perplejos, con gesto embobado, al lado de las chiquillas preocupadas en ahuecar sus faldas. Otros se mostraban ya más atrevidos, empujando a codazos a las chicas sin conocerlas y burlándose de ellas descaradamente. Pero las niñas seguían siendo las reinas de la fiesta y en grupos de tres o cuatro se removían en las sillas hasta romperlas y hablando tan alto que no había manera de entenderse. Todos los ojos estaban fijos en el telón rojo. — ¡Atención! —dijo el doctor, que fue a dar tres ligeros golpes a la puerta del comedor. El telón rojo se abrió lentamente y en el marco de la puerta apareció un teatro de títeres. Entonces, reinó el silencio. De pronto, Polichinela surgió de entre bastidores lanzando un «¡Cuic!» tan feroz, que el pequeño Guiraud le contestó con una exclamación de susto y alegría. Se trataba de una de esas comedias espantosas en las que Polichinela, después de haber aporreado al Alguacil y haber matado al Guardia, pisotea con furiosa alegría todas las leyes divinas y humanas. A cada bastonazo que partía las cabezas de madera, el público, implacable, lanzaba agudas carcajadas; cada estocada que taladraba los pechos, cada escaramuza, en que los adversarios golpeaban sus cráneos como si se tratara de calabazas huecas, el destrozo de brazos y piernas del que los personajes salían hechos papilla, provocaban nuevas risotadas, que estallaban por todas partes sin llegar a extinguirse. Finalmente, cuando Polichinela aserró el cuello del Guardia apoyándose en el borde del escenario, se llegó al colmo, pues la operación causó tanto entusiasmo, que las filas de los espectadores se empujaban y se caían unas encima de otras. Una niña de cuatro años, rosa y blanca, estrechaba beatíficamente sus manitas contra su corazón, tan divertida le parecía la cosa. Otras aplaudían, mientras los chicos se reían con la boca abierta, en un tono grave que acompañaba a los trinos aflautados de las señoritas. — ¡Cuánto se divierten! —murmuró el doctor. Había vuelto a colocarse cerca de Elena que se divertía lo mismo que los niños. Colocado tras ella, se embriagaba con el olor que subía de su cabellera. Después de un bastonazo más violento que los demás se volvió para decirle: — ¿Sabe usted que resulta muy divertido? Ya los chiquillos, excitados, intervenían en la comedia y daban la réplica a los actores. Una muchachita, que debía conocer el drama, explicaba lo que iba a suceder. «Dentro de un momento él mata a su mujer. Ahora le van a ahorcar...» La más pequeña de las Levasseur, la que tenía dos años, gritó de pronto: — ¡Mamá! ¿Van a ponerlo a pan y agua? Todo eran reflexiones y comentarios hechos en voz alta. Entretanto Elena buscaba por entre los niños. —No veo a Juana —dijo—. ¿Se estará divirtiendo? Entonces el doctor se inclinó y avanzó la cabeza junto a la suya murmurando: —Mírela allí entre aquel Arlequín y aquella Normanda. Mire las horquillas de su moño... Se ríe con toda su alma. Permaneció inclinado, sintiendo en su mejilla la tibieza del rostro de Elena. Ninguna confesión se les había escapado hasta entonces; este silencio les permitía seguir en una especie de familiaridad que sólo, desde algún tiempo, turbaba cierta imprecisa inquietud. Pero, en medio de tanta risa, ante tanto chiquillo, ella misma se sentía niña y se abandonaba, en tanto que la respiración de Enrique caldeaba su nuca. Los sonoros bastonazos le producían un estremecimiento que henchía su pecho, y se volvía hacia él brillándole los ojos. — ¡Dios mío, qué bobada! —decía —, hay que ver cómo se pegan... Él, trémulo, respondía: — ¡Oh!, tienen la cabeza dura. Era todo cuanto se le ocurría. Ambos se sentían como chiquillos. La vida poco ejemplar de Polichinela los enternecía. Luego, al final del drama, cuando aparece el Diablo y hay una gran batalla con una degollina general, Elena, al inclinarse hacia atrás, aplastó la mano de Enrique en el respaldo de su butaca, en tanto que el público de pequeñuelos gritaba batiendo palmas, haciendo crujir las sillas con su entusiasmo. El telón rojo había caído. En medio del alboroto, Paulina anunció a Malignon, con su frase acostumbrada: —He aquí al bello Malignon. Llegaba, jadeante y tropezando con las sillas. — ¡Anda! ¡A quién se le ocurre cerrarlo todo! —exclamó sorprendido y titubeando—. Parece que entre uno en una casa donde haya un muerto. Y, volviéndose hacia la señora Deberle, que se acercaba, le dijo: — ¡Bien puede usted



presunir de haberme hecho correr! Estoy buscando a Perdiguét, ya sabe usted, mi cantante, desde la mañana... Pero, como no pude dar con él, les traigo al gran Morizot... El gran Morizot era un aficionado que divertía los salones presentando juegos de prestidigitación. Le agenciaron un velador y ejecutó sus juegos más bonitos, sin que lograra, ni mucho menos, entusiasmar a los espectadores. Los pobres chiquillos se habían puesto muy serios. Los más pequeños se dormían chupándose el dedo. Otros, los mayores, volvían la cabeza sonriendo a sus padres, que discretamente disimulaban sus bostezos, de manera que, cuando el gran Morizot se decidió a llevarse su velador, fue un alivio para todos. — ¡Oh, es muy bueno! — murmuró Malignon en la nuca de la señora Deberle. Pero el telón rojo se había levantado de nuevo y un mágico espectáculo había puesto de pie a los niños. Bajo la luz brillante de la lámpara central y de dos candelabros de diez brazos, el comedor aparecía con su larga mesa puesta y servida como para una cena de gala. Había cincuenta cubiertos. En medio y a los dos extremos, en unas jardineras bajitas, se desparramaban unos ramos de flores separados por anchas compoteras en las que se acumulaban las «sorpresas» relucientes, envueltas en sus papeles dorados y de colorines. Había, además, grandes tartas montadas, pirámides de frutas escarchadas, montañas de emparedados y, más allá, toda una teoría de fuentes con dulces y pasteles: bizcochos borrachos, bocaditos de nata, bollos alternando con las galletas y crocantes con las pastas de almendra. Las jaleas temblaban en sus copas de cristal; las natillas, en sus cuencos de porcelana. Ya las botellas de champaña de un palmo de alto, hechas a la medida de los comensales, iluminaban alrededor de la mesa con el resplandor de sus cascotes de plata. Se diría que era una de esas meriendas gigantescas que los niños deben de imaginar en sus sueños, una merienda servida con la formalidad de una cena para personas mayores, evocación mágica de la mesa de los padres, sobre la que se hubiese volcado el cuerno de la abundancia de los pasteleros y de los vendedores de juguetes. — ¡Vamos! Den el brazo a las señoras — dijo la señora Deberle, sonriendo ante el éxtasis de los niños. No hubo manera de organizar el desfile. Triunfalmente, Luciano había cogido el brazo de Juana y caminaba el primero. Los otros, tras él, se empujaban un poco. Fue necesario que las mamás interviniesen a colocarlos. Y allí se quedaron, sobre todo tras los más pequeños a los que vigilaban para evitar cualquier accidente. En realidad, los invitados, parecieron de momento muy azarados; se miraban sin atreverse a tocar todas aquellas cosas buenas, ligeramente inquietos viendo este mundo al revés, de los niños sentados a la mesa y los padres de pie. Al fin, los mayores se envalentonaron y alargaron las manos. Luego, cuando las mamás intervinieron, cortando las tartas montadas y sirviendo a su alrededor, la merienda se animó y pronto se convirtió en ruidosa. La hermosa simetría de la mesa sucumbió como ante una violenta ráfaga; todo circulaba al mismo tiempo en medio de los brazos tendidos que vaciaban los platos a su paso. Las dos pequeñas Berthier, Blanca y Sofia, reían ante sus platos en los que había de todo: mermeladas, natillas, pasteles y fruta. Las cinco señoritas Levasseur acaparaban un ángulo de las golosinas, mientras que Valentina, orgullosa de sus catorce años, se hacía la señora juiciosa y se ocupaba de sus vecinas. Entretanto, Luciano, para mostrarse galante, descorchó una botella de champaña con tan poca fortuna, que poco faltó para que no vertiera su contenido en sus calzones de seda color cereza. Fue todo un problema. — ¿Quieres dejar tranquilas las botellas? Soy yo quien descorcha el champaña — chilló Paulina. Se agitaba de manera extraordinaria, divirtiéndose por su cuenta. En cuanto llegaba un sirviente, le cogía la chocolatera y disfrutaba llenando las tazas con una rapidez de mozo de café. Luego, paseaba los helados y los vasos de jarabe y lo soltaba todo para cebar a cualquier chiquilla a la que había olvidado, partiendo de nuevo y preguntando a unos y a otros: — ¿Y tú qué quieres, gordinflón? ¿Cómo? ¿Un bollo?... Espera, voy a acercarte las naranjas... Ahora comed, grandísimos tontos, ya jugaréis después. La señora Deberle, más tranquila, decía que había que dejarles solos, que ellos mismos sabrían arreglarse. En un extremo de la habitación, Elena y algunas señoras se reían contemplando el espectáculo de la mesa. Todos aquellos hociquitos color de rosa roían con sus bonitos dientes blancos. Nada era tan divertido como ver sus buenas maneras de niños bien educados olvidadas a veces por las acometidas de jóvenes salvajes. Cogían los vasos con las dos manos para beber hasta el fondo, se embadurnaban la cara y manchaban sus trajes. El jaleo aumentaba y los últimos platos eran asaltados. La misma Juana bailaba en su silla oyendo tocar una cuadrilla en el salón, y cuando su madre se acercó para reprocharle que hubiese comido demasiado, dijo: — ¡Oh mamá! Hoy me siento tan bien... Pero la música había puesto de pie a otros niños. Poco a poco la mesa iba quedando desguarnecida y pronto quedó solamente un gordo bebé en su centro. Parecía importarle muy poco el piano. Con una servilleta al cuello, con la barbilla apoyada en la mesa, de tan pequeño como era, abría unos ojos enormes y avanzaba la boca, cada vez que su madre le presentaba una cucharada de chocolate. La jícara iba vaciándose y él se dejaba secar los labios, sin dejar de tragar y abriendo los ojos cada vez más grandes. — ¡Diantre! ¡Cómo traga el hombrecito! — dijo Malignon, que lo miraba con gesto soñador. Fue entonces cuando se celebró el reparto de las «sorpresas». Los niños, al levantarse de la mesa, se llevaban cada uno, uno de los grandes envoltorios de papel dorado que se apresuraban en desenvolver; de ellos salían juguetes, sombreros grotescos de papel de seda, pájaros y mariposas. Pero la gran satisfacción eran los

petardos. Cada «sorpresa» contenía un petardo que los muchachos lanzaban valientemente felices por el ruido, mientras las señoritas cerrando los ojos, intentaban reiteradamente hacerlos estallar. Por un momento sólo se oyó el fragor de esta mosquetería. Y en medio del estrépito los niños volvieron al salón, donde el piano tocaba sin parar las diferentes figuras de la cuadrilla. —Muy a gusto me comería un bollo — murmuró la señorita Aurelia sentándose. Entonces, ante la mesa libre, cubierta todavía por la desbandada de esta colosal merienda, se instalaron las señoras. Eran unas diez las que habían esperado prudentemente para comer, y, como no había manera de echar mano de ningún criado, fue Malignon quien se apresuró a servir las, vació la chocolatera, inspeccionó el fondo de las botellas e incluso logró encontrar algunos helados. Pero, sin dejar de mostrarse galante, volvía siempre a comentar la singular idea que habían tenido de cerrar las persianas. —Positivamente —repetía—, estamos en un panteón. Elena se había quedado de pie, hablando con la señora Deberle. Esta iba a volver al salón y ella se disponía a seguirla, cuando notó que la tocaban suavemente. El doctor sonreía tras ella. No la dejaba un momento. — ¿No va usted a tomar nada? — le preguntó. Bajo esta frase banal se escondía una súplica tan viva, que Elena se sintió muy turbada. Comprendió claramente que le estaba hablando de otra cosa. Poco a poco una excitación se iba apoderando de ella en medio del júbilo que la rodeaba. Todo aquel mundo saltarín y bullicioso le producía fiebre. Con las mejillas coloradas y los ojos brillantes rehusó de momento: —No, gracias, no quiero nada. Luego, como él insistiera, sintiendo mayor desasosiego y queriendo desembarazarse de él, accedió: — ¡Bueno! Una taza de té. El doctor, presuroso, trajo la taza. Sus manos temblaban al presentárselo y, mientras ella bebía, se le acercó con los labios hinchados y trémulos por la confesión que subía desde su corazón. Entonces ella retrocedió, le tendió la taza vacía y escapó mientras él la ponía encima de un aparador, dejándole solo en el comedor con la señorita Aurelia, que iba comiendo lentamente mientras examinaba metódicamente las bandejas. El piano tocaba muy fuerte en el fondo del salón. De un extremo al otro, el baile se desarrollaba con una comicidad adorable. Se había formado un corro en torno de la cuadrilla en la que danzaban Juana y Luciano. El marquesito embarullaba un tanto las figuras; la cosa no marchaba bien más que cuando tenía que coger a Juana; entonces la asía con toda el alma y empezaba a girar. Juana se balanceaba como una dama molesta porque ve que le arrugan el traje; luego, arrebatada por el placer, giraba a su vez levantándole del suelo. La casaca de satén blanco bordada de ramilletes se confundía con el vestido bordado con flores y pájaros y las dos figuritas de vieja Sajonia adquirían la gracia y la originalidad de una porcelana de vitrina. Terminada la cuadrilla, Elena llamó a Juana para arreglarle el vestido. —Ha sido él, mamá —decía la pequeña—. Me estruja y se pone insoportable. Alrededor del salón, los padres sonreían. Cuando el piano comenzó de nuevo, toda la chiquillería empezó de nuevo a brincar. Sentían, no obstante, cierta desconfianza viendo cómo los miraban; permanecían formales y se abstendían de saltar para parecer correctos. Algunos sabían bailar, pero la mayor parte desconocían las figuras y se removían sin avanzar, no sabiendo qué hacer de sus miembros. Pero Paulina intervino. —Tendré que meterme yo... ¡Qué pazguatos! Se metió en medio de la cuadrilla, cogió a dos por la mano, uno a la derecha y otro a la izquierda y dio tal impulso a la danza que crujieron las maderas del entarimado. No se oía más que la desbandada de los piecezuelos dando taconazos a destiempo mientras solamente el piano seguía marcando el compás. También otras personas mayores intervinieron. La señora Deberle y Elena, viendo a unas chiquillas avergonzadas que no se atrevían a entrar, las introdujeron en el centro del barullo. Ambas componían las figuras, empujaban a los caballeros, formaban las rondas y las madres les pasaban a los más chiquitines para que les hicieran saltar un instante, sujetándolos con ambas manos. Entonces el baile llegó a lo mejor. Los bailarines se las prometieron felices, riéndose y empujándose igual que si se tratara de un pensionado atacado de una locura alegre gracias a la ausencia del maestro. Nada podía haber de más transparente alegría que aquel carnaval de chiquillos, retazos de hombres y mujeres que barajaban en aquel mundo en miniatura las maneras de todos los pueblos, las fantasías de la novela y del teatro. Los disfraces no quitaban a los labios sonrosados, a los ojos azules, a aquellas tiernas caritas, su frescor infantil. Se diría que era la gran gala de un cuento de hadas, con los Amorcillos disfrazados para los esponsales de algún príncipe encantado. —Se ahoga uno —decía Malignon—. Me voy a respirar un poco. Salió, abriendo de par en par la puerta del salón. La luminosidad de la calle entró entonces como un chorro de luz pálida que hizo más triste el resplandor de las lámparas y las bujías. Cada cuarto de hora, Malignon abría y cerraba las puertas. Pero el piano no cesaba. La pequeña Guiraud, con su mariposa negra de Alsaciana sobre su cabellos rubios, bailaba en brazos de un Arlequín dos veces mayor que ella. Un Escocés hacía girar tan rápidamente a Margarita Tissot, que ésta perdió por el camino su cántaro de Lechera. Las dos Berthier, Blanca y Sofía, que eran inseparables, saltaban juntas, la Doncellita en brazos de la Locura, cuyos cascabeles tintineaban. No se podía echar una mirada al baile sin tropezar con una señorita Levasseur; las Caperucitas Rojas parecían multiplicarse; por todas partes se veían gorritos y trajes de satén color amapola, con franjas de terciopelo negro. Mientras tanto, para bailar más a gusto, los muchachos y las chicas mayores se habían refugiado al fondo del otro salón. Valentina de Chermette, envuelta en su mantilla de

Española, ejecutaba estudiados pasos frente a un joven señorito que había comparecido vestido de frac. De pronto se oyeron grandes carcajadas y se llamó a todo el mundo para que viesen: tras una puerta, en un rincón apartado, al pequeño Guiraud, el Pierrot de dos años, y una pequeñita de sus mismos años, vestida de Aldeana, estaban abrazados, apretándose muy fuerte por miedo a caerse y daban vueltas solos, los muy solapados, mejilla contra mejilla. —No puedo más —dijo Elena apoyándose de espaldas en la puerta del comedor. Se abanicaba, muy sofocada por los saltos que también ella había dado. Su pecho se levantaba bajo la granadina transparente de su corpiño. Todavía notaba, sobre sus hombros, la respiración de Enrique que seguía siempre tras ella. Entonces comprendió que iba a hablar; pero ya no tenía fuerzas para escapar de nuevo a su confesión. Él se acercó y dijo, muy bajo, junto a su cabellera: — ¡La quiero! ¡Oh, la quiero! Fue como un hálito ardoroso que la quemó de la cabeza a los pies. ¡Dios mío!, él había hablado y ya no podría seguir fingiendo la paz tan dulce de la ignorancia. Ocultó su rostro arrebolado tras el abanico. Los chiquillos, en el arrebató de las últimas cuadrillas, daban más fuerte con los tacones. Sonaban risas argentinas, voces como de pájaro que dejaban escapar ligeros chillidos de placer. Un fresco aliento subía de esta ronda de inocentes lanzada a un galopar de pequeños diablos. — ¡La quiero! ¡Oh, la quiero! — repitió Enrique. Ella se estremeció todavía y no quiso oír más. Con la cabeza trastornada se refugió en el comedor. Pero en esta pieza no había nadie; únicamente el señor Letellier dormía tranquilamente en una silla. Enrique la había seguido; se atrevió a cogerla por las muñecas, a riesgo de un escándalo, con una cara tan alterada por la pasión, que la hizo estremecerse. Enrique repetía sin cesar: —La quiero... La quiero... —Déjeme —murmuró ella débilmente—, déjeme; está usted loco... ¡Y este baile, al lado, que seguía con la desbandada de los piecezuelos! Se oían los cascabeles de Blanca Berthier acompañando las notas ahogadas del piano. La señora Deberle y Paulina batían palmas para marcar el compás. Era una polca. Elena pudo ver, al pasar, a Juana y Luciano sonrientes, con las manos en la cintura. Entonces, con un brusco movimiento, se desprendió y huyó a una habitación contigua, una despensa en la que entraba la luz del día. Esta súbita claridad la deslumbró. Tuvo miedo, no podía volver a penetrar en el salón con aquella emoción que debía traslucirse en su cara. Cruzando el jardín, subió a su casa para tranquilizarse, perseguida por los rumores danzarines del baile.

SEGUNDA PARTE. Capítulo Quinto. Al encontrarse de nuevo en la dulzura claustral de su cuarto, Elena sintió que se ahogaba. La habitación la sorprendió, tan tranquila, tan bien cerrada, tan adormecida bajo los cortinajes de terciopelo azul, en tanto irrumpía en ella el sofoco ardiente de la emoción que la agitaba. ¿Era ésta su habitación, este rincón muerto en cuya soledad le faltaba el aire? Violentamente abrió una de las ventanas y se acodó en ella, frente a París. La lluvia había cesado y las nubes huían como un monstruoso rebaño que, a la desbandada, se hundiese entre las brumas del horizonte. Encima de la ciudad había aparecido un agujero azul que iba ensanchándose lentamente. Pero Elena, con los codos temblorosos sobre la barandilla, sin aliento todavía, debido a la rapidez con que había subido, no veía nada, sintiendo solamente su corazón, cuyos fuertes latidos levantaban su pecho. Respiraba profundamente, pareciéndole que aquel inmenso valle, con su río y sus dos millones de vidas, que toda aquella ciudad gigante, con sus cerros lejanos, no contenía aire bastante para devolverle la regularidad y la tranquilidad de su aliento. Permaneció allí algunos minutos, fuera de sí, como sumida en una crisis que se había apoderado de ella por entero. Era como un gran torrente de pensamientos y sentimientos confusos, cuyo murmullo no le permitía escucharse ni comprenderse a sí misma. Sus oídos zumbaban y sus ojos veían anchas manchas claras que viajaban lentamente. Se sorprendió examinando sus manos enguantadas y recordó que había olvidado coserle un botón al guante de la mano izquierda. Luego habló en voz alta y repitió muchas veces, con voz cada vez más baja: «La quiero... La quiero... ¡Dios mío, cómo la quiero...!» Con un gesto instintivo, hundió el rostro en sus manos juntas, apoyando la yema de los dedos contra sus párpados cerrados, como queriendo aumentar la oscuridad de la noche en la que se sumía. Un deseo de anularse, de no volver a ver, de encontrarse sola en el fondo de las tinieblas, se apoderaba de ella. Su respiración se calmaba. París le lanzaba al rostro su poderoso aliento; pero ella lo sentía allí y no queriendo mirarlo de ningún modo, le atemorizaba la idea de separarse de la ventana, dejando de tener bajo ella aquella ciudad cuya magnitud la tranquilizaba. Pronto se olvidó de todo; pero, a pesar suyo, volvía a surgir ante ella la escena de la confesión. Sobre un fondo negro como la tinta, se dibujaba Enrique con una nitidez singular, tan real que llegaba a percibir los pequeños estremecimientos de sus labios nerviosos. Se estaba acercando, se inclinaba. Entonces, alocadamente se echaba atrás; pero, a pesar de todo, seguía sintiendo un fuego que rozaba sus hombros y oía una voz que repetía: «La quiero... La quiero...» Luego, cuando con un esfuerzo supremo lograba rechazar la visión, la veía repetirse más lejana, agrandándose lentamente, y era de nuevo Enrique persiguiéndola en el comedor, con las mismas palabras: «La quiero... La quiero...», cuya repetición adquiría en ella la sonoridad inagotable de una campana. Sólo oía estas palabras, vibrando con intensidad en todos sus miembros y desgarrándole el corazón. No obstante, intentaba reflexionar, se esforzaba todavía en huir de la imagen de Enrique. Pero él había hablado, y ya jamás se atrevería a mirarle cara a cara. Su brutalidad de hombre había

destruido toda ternura. Evocaba las horas en que él la amaba sin tener la crueldad de decírselo, esas horas pasadas en el fondo del jardín, en la serenidad de la naciente primavera. Pero, ¡Dios mío!, él había hablado y ese pensamiento se obstinaba, se hacía tan grande y tan pesado, que un rayo destruyendo París ante sus ojos no le habría parecido de igual importancia. Había en su corazón un impulso de protesta indignada, de cólera orgullosa, mezclada a una sorda e invencible voluptuosidad que le subía de las entrañas y la embriagaba. Había hablado y seguiría hablando, surgiendo obstinadamente con esas ardientes palabras: «La quiero... La quiero...», que se llevaban toda su pasada vida de esposa y de madre. No obstante, dentro de esta evocación, tenía conciencia de las vastas extensiones que se le ocultaban, tras la noche que la cegaba. Un clamor potente subía de esas oleadas vivientes que se ensanchaban y la envolvían. Los ruidos, los olores, incluso la luminosidad, le daban en el rostro, pese a sus manos nerviosamente apretadas. En ciertos instantes, rápidos detalles parecían taladrar sus párpados cerrados, y a través de esos resplandores adivinaba los monumentos, las flechas y las cúpulas que se dibujaban en la luz difusa del ensueño. Entonces separó las manos, abrió los ojos y quedó deslumbrada. El cielo iba despejándose. Enrique había desaparecido. Sólo se percibía, en el fondo, una barrera de nubes que apretujaban un derrumbamiento de rocas calcáreas. Ahora, por el aire puro de un azul intenso, cruzaba sólo el ligero vuelo de unas nubes blancas, navegando lentamente, como flotillas de velas que hinchara el viento. Al norte, sobre Montmartre, había una red de extremada finura, como de hilos de seda, pálida, tendida allí, en aquel rincón del cielo, como a la espera de una pesca incierta en aquel mar en calma. Pero, al poniente, sobre los cerros de Meudon, que Elena no podía ver, un jirón de la tormenta debía cubrir todavía el sol, pues París, pese a que despejara, permanecía sombrío y mojado, difuso a través del vaho de los techos que iban secándose. Era una ciudad de tono uniforme, de un gris azulado de pizarra, que los árboles manchaban de negro y muy visible no obstante, gracias a sus vivos contornos y a los millares de ventanas de las casas. El Sena tenía el brillo opaco de un viejo lingote de plata. En ambas orillas, los monumentos aparecían embadurnados de hollín: la torre Saint-Jacques, como carcomida por la herrumbre, levantaba su antigualla de museo, mientras el Panteón, por encima del barrio sombrío que dominaba, adquiría un perfil de gigantesco catafalco. Únicamente la cúpula de los Inválidos conservaba el brillo de sus dorados, que parecían lámparas encendidas en pleno día, de una melancolía soñadora en medio de aquel luto crepuscular que revestía la ciudad. Faltaban los planos; París, velado por una nube, se perfilaba en el horizonte como un dibujo al carbón, colosal y delicado, vigorosamente trazado bajo el cielo límpido. Ante esta ciudad sombría, Elena imaginaba que no conocía a Enrique. Ahora que su imagen había dejado de perseguirla, se sentía más fuerte. Una íntima rebelión le impulsaba a negar esa posesión que, en pocas semanas la había llenado de ese hombre; no, no le conocía: ignoraba todo lo suyo, sus actos, sus pensamientos; ni siquiera podría asegurar que poseyera una gran inteligencia. Puede que le faltara todavía más corazón que mente. Agotaba de ese modo todos los supuestos, llenando su alma con la amargura que encontraba en cada uno de ellos, tropezando siempre con su ignorancia, con ese muro que la separaba de Enrique y que no le permitía conocerle. No sabía nada, nunca sabría nada. Únicamente le imaginaba brutal, soplándole sus ardientes palabras, ocasionándole la única turbación que hasta ese momento había roto el feliz equilibrio de su vida. ¿De dónde procedía, para turbarla de ese modo? De pronto pensó que, sólo seis semanas antes, ella no existía para él, y esta idea le resultó insoportable. ¡Dios mío!, ¡no ser el uno para el otro, cruzarse sin verse, puede que sin encontrarse jamás! Había juntado sus manos desesperadamente y las lágrimas humedecían sus ojos. Miró entonces Elena fijamente las lejanas torres de Notre-Dame. Un rayo de sol, cruzando como un dardo entre dos nubes, las doraba. Se sentía la cabeza pesada, como demasiado repleta de ideas tumultuosas que chocaban entre sí. Era como una angustia; hubiese querido interesarse por París, encontrar de nuevo la calma paseando sobre el océano de los tejados su mirada tranquila de todos los días. ¡Cuántas veces, a aquella misma hora, lo desconocido de la gran ciudad en la calma de la tarde, la había mecido en un sueño de ternura! Entre tanto, París se iluminaba ante ella con los rayos del sol. Al primer rayo, caído sobre Notre-Dame, habían sucedido otros, aclarando la ciudad. El astro, en su declive, resquebrajaba las nubes. Los barrios se extendieron en un abigarramiento de sombras y luces. Por un momento, toda la ribera izquierda pareció de un gris de plomo, mientras que luces redondas salpicaban la ribera derecha extendiéndose al borde del río como la piel atigrada de un animal gigantesco. Luego, las formas cambiaban y se desplazaban, al impulso del viento que arrastraba las nubes. Había, sobre el tono dorado de los tejados, como negras capas que viajaban todas en el mismo sentido, con el mismo deslizamiento dulce y silencioso. Las había enormes, navegando con el aire majestuoso de un barco almirante, rodeadas de otras más pequeñas que mantenían la simetría de una escuadra en orden de batalla. Una sombra inmensa, alargada, abriendo unas fauces de reptil, cubrió un momento París, al que parecía querer devorar. Y cuando se hubo perdido al fondo del horizonte, reducida al tamaño de un gusano, un rayo de sol compuesto por mil diminutos destellos que salían como lluvia por la grieta de una nube, cayó sobre el hueco vacío que acababa de dejar. Se veía el polvillo dorado deslizándose como arena finísima,

ensanchándose en un amplio cono, lloviendo sin descanso sobre el barrio de los Campos Elíseos que iba salpicando con una claridad danzarina. Largo rato esa lluvia de centellas duró con su espolvoreo continuo de fuego de artificio. Pero la pasión era fatal y Elena ya no se defendía. Sentía que había agotado todas sus fuerzas contra su propio corazón. Enrique podría hacerla suya: ella se entregaba. Entonces, al dejar de luchar, sintió un placer infinito. ¿Por qué seguir resistiendo? ¿Acaso no había esperado bastante? El recuerdo de su vida pasada la llenaba de desprecio y violencia. ¿Cómo había podido vivir en aquella frialdad de la que antes se sentía tan orgullosa? Se recordaba a sí misma, de muchacha, en Marsella, en la calle des Petites-Maries, en aquella casa en la que siempre había estado tiritando; se recordaba casada, helada junto a ese niño grande que besaba sus pies desnudos, refugiándose en la preocupación de los menudos quehaceres de una buena ama de casa; se recordaba a cualquier hora de su existencia, siguiendo con paso igual el mismo camino, sin una emoción que turbara su tranquilidad y, ahora, esa uniformidad, ese sueño del amor en que había estado sumida la exasperaba. ¡Pensar que se había creído dichosa viéndose a sí misma caminar durante treinta años con el corazón mudo, no contando para colmar el vacío de su existencia más que con su orgullo de mujer honrada! ¡Ah, qué farsa esta rigidez, esta escrupulosidad de lo honesto que la mantenía reducida al goce estéril de las beatas! ¡No, no! ¡Ya era bastante: quería vivir! Y una terrible ironía se apoderaba de ella al pensar en su sensatez. ¡Su sensatez! En realidad, le daba pena esta sensatez que durante su ya larga vida no le había proporcionado un placer comparable al que experimentaba desde hacía una hora. Había rechazado la posibilidad de una caída, había tenido la imbécil jactancia de creer que podría seguir así hasta el final, sin que sus pasos tropezaran siquiera con una piedra... ¡Pues no! Ahora era ella la que reclamaba la caída, y la hubiese querido inmediata y profunda. Toda su rebelión terminaba en este deseo imperativo. ¡Oh, fundirse en un abrazo, vivir en un instante cuanto jamás había vivido! No obstante, en el fondo de sí misma una gran tristeza lloraba. Era una opresión interior que le producía una sensación de vacío y oscuridad. Entonces discutió consigo misma: ¿No era libre acaso? Al querer a Enrique, no engañaba a nadie y disponía a su antojo de su cariño. ¿Acaso no la excusaba todo? ¿Cuál había sido su vida desde hacía dos años? Comprendía que todo la había reblandecido y preparado para la pasión: su viudez, su absoluta libertad, su soledad. La pasión debió incubarse en ella durante las largas veladas pasadas entre sus dos viejos amigos, el sacerdote y su hermano, esos hombres sencillos cuya serenidad la acunaba; se incubaba mientras ella se encerraba tan severamente fuera del mundo, frente a París, que rugía en el horizonte; se incubaba cada vez que se apoyaba en esta ventana, arrebatada por uno de esos ensueños que antes ignoraba y que poco a poco la volvían tan cobarde. Un recuerdo acudió a su mente; el de aquella clara mañana de primavera, con la ciudad blanca y limpia como bajo un cristal, un París de un rubio infantil, que había contemplado tan perezosamente, tendida en su diván, con un libro caído sobre sus rodillas. Aquella mañana despertó el amor apenas con un estremecimiento que no sabía cómo nombrar y contra el cual se sentía muy fuerte. Hoy se encontraba en el mismo lugar, pero la pasión victoriosa la devoraba, mientras ante ella un sol en su ocaso incendiaba la ciudad. Le parecía que un día había bastado, que ésta era la tarde purpúrea de aquella mañana límpida, y le parecía sentir todas aquellas llamas ardiendo en su corazón. Pero el cielo había cambiado. El sol, descendiendo hacia los cerros de Meudon, acababa de apartar las últimas nubes con su resplandor. Una gloria de llamas inflamaba el azul. En el fondo del horizonte, el derrumbamiento de las rocas calcáreas que ocultaban las lejanías de Charenton y de Choisy-le-Roi acumuló unos bloques de carmín ribeteado de laca viva; la flotilla de nubéculas navegaba lentamente en el azul, por encima de París, cubriéndose de velas purpurinas; mientras que la pequeña red, la redecilla de blanca seda tendida encima de Montmartre, apareció de pronto convertida en un tul de oro, en cuyas mallas regulares iban a prenderse las estrellas desde su aparición. Y bajo esta ardiente bóveda, se extendía la ciudad completamente amarilla, rayada por grandes sombras. Abajo, en la amplia plaza, a lo largo de las avenidas, los coches y los omnibuses se cruzaban en medio de una polvareda anaranjada, entre la multitud de los transeúntes, cuyo negro hormiguo iba dorándose y aclarándose con gotas de luz. Unos seminaristas, en apretadas hileras seguían por el muelle Debilly, poniendo una cola de sotanas, color ocre, en la claridad difusa. Más allá, los coches y los peatones se perdían, y sólo se adivinaba muy lejos, sobre algún puente, una hilera de carruajes cuyas linternas centelleaban. A la izquierda, las altas chimeneas de la Manutención, rectas y rosadas, soltaban grandes torbellinos de un humo suave, de un tono delicado de carne; mientras que al otro lado del río, los hermosos olmos del muelle de Orsay, formaban una masa sombría, agujereada por los rayos del sol. El Sena, por cuyas riberas se deslizaban los rayos oblicuos discurría con olas danzarinas en las que el azul, el amarillo y el verde se rompían en abigarrados remolinos; pero, río arriba, ese pintarrajeado de mar oriental adquiría un tono único de oro más y más deslumbrador; se diría un lingote surgido en el horizonte de algún crisol invisible, ensanchándose con un revoltijo de colores vivos, a medida que se enfriaba. Sobre esta fundición centelleante, los puentes escalonados, estrechando sus ligeras curvas parecían una barra gris que iba a perderse en un amontonamiento incendiado de casas en cuya cima, las dos torres de Notre-Dame parecían dos rojas antorchas. A

derecha e izquierda llameaban los monumentos, las vidrieras del Palacio de la Industria, en medio de la arboleda de los Campos Elíseos, parecían un lecho de tizones ardiendo; más lejos, tras el tejado achatado de la Magdalena, la masa enorme de la «Ópera» parecía un bloque de cobre; y los demás edificios, la cúpula y las torres, la columna Vendôme, San Vicente de Paúl, la torre Saint-Jacques y, más cerca, los pabellones del nuevo Louvre y de las Tullerías, se coronaban de llamas, levantando en cada encrucijada gigantescas hogueras. La cúpula de los Inválidos ardía con un fuego tan chisporroteante que era de temer que de un momento a otro se hundiera, cubriendo todo el barrio con las pavesas de su armazón. Más allá de las torres desiguales de San Sulpicio, el Panteón se destacaba sobre el cielo con un brillo opaco, tal un palacio real incendiado que se consumiera en brasas. Entonces, París entero, a medida que el sol descendía, se iluminó con las llamaradas de sus monumentos. Corrían destellos de luz por las crestas de los tejados, mientras en los valles dormían los negros humos. Todas las fachadas de cara al Trocadero enrojecían, lanzaban el destello de sus vidrios, verdadera lluvia de chispas que subían de la ciudad, como si algún fuelle estuviera activando sin cesar esta fragua inmensa. Llamadas que renacían sin cesar surgían de los barrios vecinos, donde las calles se cruzaban sombrías y calcinadas. Incluso en las lejanías de la llanura, desde el fondo de un rojo ceniciento que cubría los arrabales destruidos y todavía calientes, brillaban fugaces resplandores, salidos de cualquier hoguera súbitamente reavivada. Pronto fue todo un horno, París ardía. El cielo enrojecía más y más y las nubes sangraban encima de la ciudad inmensa, rojo y oro. Elena, bañada por esas llamaradas, se entregaba a la pasión que la consumía, mirando arder París, cuando una manita la hizo estremecer al posarse sobre su hombro. Era Juana, que la estaba llamando. — ¡Mamá! ¡Mamá! —Y, cuando se hubo vuelto, añadió: — ¡Vaya, por fin! ¿Es que no me oyes? Te he estado llamando diez veces. La niña, disfrazada todavía de Japonesa, tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas por el placer. No dio tiempo a su madre para responder. — ¡Vaya manera de abandonarme! Te estuvieron buscando por todas partes y, si no fuera por Paulina, que me ha acompañado hasta el pie de la escalera, jamás me hubiese atrevido a cruzar la calle. Y con un gentil ademán acercó la carita a los labios de su madre, preguntando sin transición: — ¿Me quieres? Elena la besó, pero sin poner atención. La sorprendió y sintió cierta impaciencia al verla volver tan pronto. ¿Hacía realmente ya más de una hora que se había escapado del baile? Para responder a las preguntas de la chiquilla, que se mostraba inquieta, dijo que, en efecto, había sentido un ligero malestar. El aire le sentaba bien y necesitaba un poco de calma. — ¡Oh!, no tengas miedo, estoy demasiado cansada —murmuró Juana—. Voy a quedarme aquí y seré muy juiciosa... Pero puedo hablar, ¿verdad, madrecita? Se instaló junto a Elena, apretándose contra ella, feliz de que no la desnudaran todavía. Su traje bordado de púrpura y su enagua de seda verdosa la encantaban, y bajaba su delicada carita para oír sonar sobre su moño los colgantes de las largas agujas que lo atravesaban. Entonces, un torrente de palabras presurosas salió de sus labios. Lo había mirado todo, lo había visto todo y todo lo recordaba, pese a su aire bobalicon que parecía no comprender nada. Ahora se desquitaba de haber tenido que ser juiciosa, con la boca cosida y los ojos indiferentes. — ¿Sabes, mamá?, quien hacía funcionar a Polichinela era un viejecito de barba gris. Le vi muy bien cuando se separó la cortina... El pequeño Guiraud no hacía más que llorar, ¡si será tonto! Entonces le dijeron que el Guardia vendría a echarle agua en la sopa, y tuvieron que llevárselo de tanto como gritaba... Igual con la merienda: Margarita se manchó a más no poder su vestido de lechera con la mermelada. Su mamá la secó chillando: «¡Que niña más sucia!», pero es que se había puesto mermelada hasta en los cabellos... Yo no decía nada, pero me divertía con locura viéndolas lanzarse sobre los pasteles. Son muy mal educadas, ¿verdad, madrecita? Durante unos segundos se interrumpió, absorta por algún recuerdo, y luego preguntó con gesto reflexivo: — Dime, mamá: ¿tú has comido de esos pasteles amarillos que tenían dentro una crema blanca? ¡Oh, cómo estaban!, ¡qué buenos! Todo el rato mantuve la bandeja a mi lado. Elena no escuchaba el parloteo de la chiquilla. Pero Juana hablaba para desahogarse, la cabeza demasiado llena de cosas. Empezó de nuevo dando una abundancia extraordinaria de detalles sobre el baile. Los hechos más insignificantes cobraban una importancia enorme. — Tú, ni te has dado cuenta; pero, en cuanto empezaron, se me desabrochó la cintura. Una señora que no conozco me puso un alfiler. Le dije: «Muchas gracias, señora...» Entonces, Luciano, bailando, se ha pinchado. Me ha preguntado: «¿Qué diantre llevas ahí delante que pica?» Yo ya ni me acordaba, y le contesté que no llevaba nada. Fue Paulina quien se dio cuenta y volvió a colocar el alfiler como era debido... ¡No! ¡No puedes formarte una idea! Todo el mundo se empujaba, y un chico muy bestia dio tal golpe al trasero de Sofía, que por poco se cae. Las señoritas Levasseur saltaban a pies juntillas. Seguro que no es así como hay que bailar... Pero lo mejor, ¿comprendes?, ha sido el final. Tú no estabas allí y no puedes saberlo. Nos cogimos por los brazos y dimos vueltas en corro; era para morirse de risa. Había personas mayores que también daban vueltas. ¡De verdad! ¡Te juro que no miento!... ¿Por qué no quieres creerme, madrecita? El silencio de Elena acabó por enojarla. Se apretó más y le sacudió la mano. Luego, viendo que sólo obtenía breves palabras, fue callándose ella también poco a poco, cayendo en una especie de ensueño, pensando en aquel baile que llenaba su joven corazón. Entonces las dos,

madre e hija, permanecieron mudas ante aquel París incendiado. Les resultaba todavía más desconocido así, iluminado por las nubes sangrientas, parecido a una ciudad de leyenda que expía sus pecados bajo una lluvia de fuego. — ¿Se bailó en corro? — preguntó de pronto Elena, como si despertara sobresaltada. — Sí, sí — murmuró Juana, absorta a su vez. — ¿Y el doctor? ¿Bailó también? — ¡Ya lo creo! Daba vueltas conmigo... Se me llevó y me preguntaba: «¿Dónde está mamá? ¿Dónde está?» Luego me dio un beso. Elena tuvo una sonrisa inconsciente. Sonreía de su propia ternura. ¿Es que necesitaba conocer a Enrique? Le parecía más dulce ignorarle, ignorarle siempre y acogerle como aquel a quien se espera desde hace mucho tiempo. ¿Por qué tenía que sorprenderse e inquietarse? Él se había encontrado en el momento preciso en su camino. Esto era lo bueno. Su franco carácter lo aceptaba todo. Una tranquilidad se apoderaba de ella, nacida de la idea de amar y ser amada. Y se decía que sería lo suficientemente fuerte para no estropear su felicidad. No obstante, la noche llegaba y cruzó el aire un viento frío. Juana, en sus sueños, tuvo un escalofrío. Reclinó la cabeza sobre el pecho de su madre y, como si la pregunta se refiriese a sus profundas reflexiones, murmuró por segunda vez — ¿Me quieres? Entonces Elena, sonriendo siempre, le cogió la cabeza entre las dos manos y por un instante pareció que estuviera buscando algo en su rostro. Luego puso largamente los labios cerca de su boca, encima de una ligera señal rosada. Era allí, estaba segura, donde Enrique había besado a la niña. La oscura arista de los cerros de Meudon recortaba ya el disco lunar del sol. Sobre París, los oblicuos rayos se habían alargado todavía más. La sombra de la cúpula de los Inválidos, desmesuradamente agrandada, ahogaba todo el barrio de Saint-Germain, mientras la «Opéra», la torre Saint-Jacques, las columnas y las flechas rayaban de negro la orilla derecha. La silueta de las fachadas, las depresiones de las calles, los islotes elevados de los tejados, ardían con una intensidad más opaca. En los cristales oscurecidos, los destellos inflamados se morían, como si las casas se hubiesen derrumbado hechas brasas. Sonaban lejanas campanas y un clamor resonaba y se apaciguaba. Y el cielo, dilatándose al acercarse la noche, redondeaba su manto violeta, rayado de oro y púrpura, por encima de la ciudad enrojecida. De pronto se produjo como una formidable reanudación del incendio; París lanzó una última llamarada que iluminó incluso los lejanos arrabales. Luego pareció como si cayera una ceniza gris y los barrios permanecieron de pie, ligeros y negruzcos como carbones extintos. (*university of pennsylvania 3451 walnut street*).

## **Audiolibro Una P Gina De Amor Mile Zola Segunda Parte**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**

